

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—La plaza de Mina.—Revista de teatros.—Vida del pintor, por Victoriano Martínez Muller.—Revista de la moda, y esplicacion del figurin y patron.—La pradera en Abril.—El árabe, poesía.—El cautivo, romance.—Anécdotas.—Lauros marchitos.—La monja negra, anécdota.—En Sevilla.—El lujo moderno, por D. Eugenio de Ochoa.—El delirio del moribundo.—Las siete virtudes capitales, por D.^a Robustiana Armiño de Cuesta.—Geroglífico.

LÁMINAS.—Figurin para vestidos de señorita.—Patron con dibujos para bordados etc.—Lámina de paisaje para copiar á dos lápices.—Dibujo de tapicería en colores.

LA PLAZA DE MINA.

Esta plaza, siguiendo las vicisitudes del termómetro, ha comenzado con los primeros calores del verano á recobrar su acostumbrada animacion; si bien por una especial circunstancia de localidad su concurrencia varía en tendencias y en carácter segun las diversas horas en que se la contemple. A las primeras de la mañana tal cual madrugador paseante viene allí á gozar del frescor matutino, y sentado bajo sus frondosos árboles rumia para abrir el apetito un artículo de fondo de alguno de los seis ó siete periódicos políticos de la plaza, y confortado con su lectura y con un cigarro vuelve á su casa, pensando por el camino cuando le subirán el alquiler de ella en compensacion de las ventajas que van á ofrecerle el ferro-carril y las obras del puerto.

Estos personajes van pasando uno á uno como por linterna mágica, y antes que desaparezca el último va llegando una nueva tanda. Esta es la de los que esperan la llegada del correo; empresa nada fácil, y capaz

de poner á prueba la paciencia de un pescador de caña. Así suelen aguardar largas horas, hasta que al cabo oyesse el sonido de hierro viejo, y poco despues vése asomar por la calle de Vargas Ponce un mal carro de violin, el que á modo del caballo de Troya trae alojadas en su vientre dos ó tres mil pesadumbres, á vueltas de alguno que otro ambo de la lotería antigua ó de alguna que otra noticia de inesperada herencia. Llega en fin aquel anacronismo con ruedas á la puerta de la casa de Correos, desembucha maletas de todos los siglos excepto del presente, poco despues se abre la ventanilla, y minutos mas tarde tres ó cuatro docenas de lectores rompen otros tantos sellos, y tomando cada cual posicion bajo su árbol favorito lee entre mas ó menos visages su correspondencia, hecho lo cual, místios los mas y cabizbajos comienzan tambien á desaparecer poco á poco de aquel sitio, mientras los carteros, con sus galoneados uniformes, salen á manera de saetas por esas calles para recoger cuarto á cuarto la cosecha del día.

Comienza el sol á declinar y cambia la decoracion. Como por encanto se cubre la plaza de niños y de niñas, de amas de cria, de niñeras y de tal cual solicita mamá, que teme fiar su pequeña prole al cuidado, ó mejor dicho, al descuido ageno. Los primeros no bien se ven allí, sueltan los diques á su infantil impetuosidad. Corren, chillan, saltan, caen, se hacen chichones, lloran, las niñeras les pegan y despues les ponen en las achocaduras papel de estraza mojado en agua fresca, y una vez terminada esta operacion, vuelven al asiento para reanudar con el novio el diálogo interrumpido por este para ellas insignificantísimo y comun accidente. Entretanto los aficionados á un paseo menos agitado que las Delicias ó la Alameda, acuden allí á disfrutar la dulce temperatura que les ofrece aquel sitio á semejante hora, si bien ni estos

ni aquellos prolongan su estancia mas allá de ciertos limites, dando lugar á la nueva tanda que acude despues, y que suele ser considerable en las noches de música.

Llegamos pues al momento en que la plaza de Mina se halla en su mas alto grado de esplendor, en su punto culminante. Dan las nueve en el reló de San Antonio, y sueñan los primeros golpes del bombo: la música del Hospicio se coloca en su tablado, enciéndense los faroles del atril, témplanse los instrumentos, y allí bajo el amparo tutelar del candelabro, echan al aire duos, cavatinas, polkas y danzas; ecos perdidos que nadie escucha, pero que no por eso dejan de tener un inmenso aliciente para los que pasean sin oírlos. ¿Qué mucho? Otras son las músicas que allí agradan, que allí se van á buscar. El amor, ese picarillo y travieso rapaz, recoge en aquel sitio abundante cosecha de corazones de inespertos pollos, los cuales deslumbrados por la laboriosa y arquitectónica confeccion de un par de cocas, ó por la campanuda rotundidad de un ahuecador de empleita, acuden á la luz como la mariposa, y como esta se dejan quemar en su lumbré. Aquí entran las miradas, aquí los suspiros, aquí la telegrafía óptica, aquí las palabras sueltas al paño y guardándose de la mamá, y aquí las cartas del amante y las respuestas de la amada con lo de: «Perdone V. la letra y la tinta,» y aquí en fin la presentacion en la casa y la circular pasada á las amigas dando á reconocer á Fulanito por novio en activo servicio, si bien sin opcion á cesantía, porque en el presupuesto del amor no hay mas clases pasivas que los maridos aburridos.

Dan las once; la música suelta su postrer trompetazo; los bancos y las sillas de la Beneficencia comienzan á quedar despoblados; las mamás despiertan de su apacible sueño, se rebullen, se levantan, y toman el camino de su casa con toda la prisa de quien está desde allí oliendo la cena; la plaza de Mina queda en fin en silencio hasta el otro dia por la mañana.

F. F. A.

TEATROS.

Los rumores de crisis que circularon pocos dias ha referentes á la compañía lírica italiana, ó no han dado resultado alguno, ó

bien si lo hay va pasando desapercibido, puesto que no se ha visto suspension ni demora notables en el órden del trabajo, y *Linda de Chamounix* continúa egecutándose con el mismo éxito que en su primera representacion.

La compañía dramática sigue dando sus funciones, si bien la señorita Buzon ha dias que no toma parte en sus tareas, habiéndolo hecho en el Circo con la pieza andaluza *El parto de los montes*, en la cual tambien ha bogado su remo el Sr. Luna, especialidad para las dichas piezas, y cuyos recuerdos en *El Tio Caniyitas* no han podido ser por nadie oscurecidos.

Además de *Un francés en Cartagena*, comedia desempeñada por el Sr. Parreño con notable perfeccion, se ha egecutado en el mismo teatro Principal una pieza nueva, escrita, segun decian los carteles, por D. J. G. P., que si no nos equivocamos es el mismísimo Sr. Parreño que con tan singular gracia y soltura tuvo á su cargo en ella el papel del protagonista. La pieza es de corte francés, es decir, pertenece á ese género de pocas pretensiones en el que el autor se propone solo buscar tal ó cual efecto dramático, tal ó cual expresion aguda, picante ó ingeniosa, sin cuidarse para nada de la verosimilitud. Nosotros, aceptando como aceptamos esta clase de piezas siempre que se les dé su verdadero puesto en el repertorio, manifestaremos que *Una carta perdida*, pues tal es su nombre, es un gracioso juguete, escrito con vivacidad de ingenio y con conocimiento de la escena, muy bien desempeñado además, y que alcanzó un éxito altamente satisfactorio. No dudamos se repetirá.

Con mayor concurrencia que este coliseo continúan en sus tareas el del Balon y el del Circo. En el primero el Sr. Delgado sigue recibiendo estrepitosas ovaciones, y aunque la noche del anterior domingo se encontraba aun sin alivio de su indisposicion, tuvo felicisimos momentos en *Sancho Garcia*, si bien en tal ó cual escena no se pudo colocar á la altura que otras veces; lo cual no podemos estrañar, vista la causa que le impedia el desplegar sus poderosos medios de inteligencia y de expresion. Mucho se le aplaudió, y en verdad con justicia.

El Circo navega con sus bandidos y con sus zarzuelas. Con ello le va bastante bien, y por tanto no halla prudente el ir á probar fortuna en otros géneros.

Es tal la contradanza de actores de que

se habla estos días, que nosotros ni aun hemos podido comprenderla á derechas, cuanto y mas el explicarla aquí, careciendo, como carecemos, de noticias seguras. Háse dicho que el Sr. Delgado va á Alicante segun unos, al Circo, segun otros. Espérase á los Sres. Ossorios, y afirmase que al Balon va á trabajar la compañía dramática del Principal. Nosotros hemos oido todo esto, pero no sabemos lo que haya de cierto, si es que algo hay.

F. F. A.

POESÍAS JOCO-SATÍRICAS

DE

VICTORIANO MARTINEZ MULLER (1).

Á UN AMIGO ARTISTA.

VIDA DEL PINTOR.

En esta vida caduca
segun nos dice un refran,
quien no trabaja holgazan,
Eduardo, no manduca.
Pero este refran gastado,
es de aquellos que no cuajan,
que hay muchos que no trabajan
y llevan vientre abultado.
Muchos que no heredan fincas,
y sin ganarlo sudando,
andan al mundo asombrando
con mas oro que unos Incas.
Y conoce el mas bodoque
que si se han enriquecido,
fué por el ya conocido
arte de birlibirloque.
Y ellos van á todas partes
y con ese arte cautivan,
mejor que los que cultivan
las que llaman BELLAS—*artes*.
Artes que serán muy bellas
pero que dan poca plata,
y por eso no se mata
nadie por seguir sus huellas.
Solo hay algunos benditos
que con su brillo se ofuscan

(1) Se reparten por entregas de 16 páginas, su precio un real, tanto en Madrid como en provincias, franco el porte; pero cuidando los últimos de adelantar el valor de cuatro entregas, por lo menos.

La obra constará de unas 20, próximamente. Se suscribe en la Revista Médica y Librería Española.

y frenéticos las buscan
y las ensalzan á gritos.
Seres nobles en verdad
que, sin instintos nocivos,
quieren ser *primos pasivos*
de toda la sociedad.
¿Y tú, Eduardo, te lanzas
en ese mar de los primos
soñando frutos opimos
llenos de mil esperanzas?
¿Y quieres artista ser?
¿Quién te inspiró la locura
de cultivar la pintura?
Por fuerza fué Lucifer.
Hoy del mundo lo mejor
para estar en candelero,
se sabe que es el dinero,
¿Y gana mucho un pintor?
¿Lo mismo que los poetas!
ya les tengo compasion;
no necesitan cajon
para guardar las pesetas.
Pero en fin, ¿quién dijo miedo?
mas que chupen zanahoria,
quieren los artistas gloria,
lo demás importa un bledo.
Sigue, sigue en horabuena
ese espinoso camino,
y quiera el cielo divino
que lo atraveses sin pena.
Yo en tanto por conseguir
que te *ilustres* y prepares,
te contaré los azares
que suele un pintor sufrir.
No te empezaré á hablar serio,
que es tarde y el tiempo apremia,
de disputas de Academia
y criticas sin criterio.
Aunque tú ya bien lo infieres,
solo te voy á esponer
lo que te han de dar que hacer
los retratos de mujeres.
Si de agradarlas no cuidas,
mucho, amigo, has de penar
cuando hayas que retratar
á viejas ó presumidas.
Verás alguna gangosa
que tenga nariz de embudo,
y te tildará de rudo
si no se la haces hermosa.
Si se presenta una bizca
y haces torcidos sus ojos,
te espetará con enojos
que no sabes una pizca.
Si algun grano soberano
vés en una, no lo grabes,
y hazte cuenta que no sabes
aquello de al grano, al grano.
Si retratas una vieja
con cara de puerco-espín,
pónsela de serafín
y con eso no se queja.
Que si la pintas quizá

con su cara de Luzbel
para lucir tu pincel,
los ojos te sacará.
Cuando el bello rostro blanco
pintes de alguna mujer,
te espones mucho á tener
salidas de pié de banco.
Y al ver las rojas mejillas
de alguna rubia graciosa,
yo apostara cualquier cosa
que sales de tus casillas.
Si en algun rostro simpático
que vayas á retratar
observas algun *lunar*,
sé que té pondrás *lunático*....
Mas no caigas en la trampa
de mujeres hechiceras,
é iluminarlas no quieras
aunque tengan buena estampa.
Ya qué tanta gloria ansias,
te lo juro, voto á Troya,
que pido á Diosa te haga un Goya,
y no es pedir gollerías.
Y si aun deseas mas brillo
tambien otra vez te juro,
que pido á Dios te haga un Muro,
que es algo mas que un Murillo.

REVISTA DE LA MODA.

SUMARIO.—Las fiestas de la moda.—Las grandes damas se visten de pastoras y los elegantes adoptan el traje de molineros.—El pañolito Antonietta reemplaza al pañolito mentiroso y al indiscreto.—Traje de una pastora del siglo XIX.—Las «leonas» llevan lente como los «leones.»—Trages y telas de campo.—Mangas á la Ristori.—Fotografía de algunos vestidos nuevos.—Manteletas y sombreros de moda.—Descripción del figurin de modas y del Patron que se acompaña.

El verano se halla en todo su esplendor con las fiestas de la naturaleza y de la moda. Los trages se armonizan con las flores y toman un carácter campestre: las grandes señoras se visten de pastoras y los elegantes de molineros. El traje de una pastora del siglo XIX es una bonita copia de los cuadros al pastel de Watteau y de Greuze y de los versos pastoriles de Florian. Y si nó juzguemos: este traje se compone de un vestido de muselina bordada, con cuatro volantes guarnecidos de un grueso afollado de tarlatana, por medio del cual pasa una cinta de color claro. Bajo este vestido blanco aparece un trasparente de tafetan del color de la cinta. El corpiño es escotado, pero los hombros van velados con un fichú Antonietta, que es la gran novedad,

la gran moda del dia. Este fichú es precioso: en tiempo de nuestras abuelas le llamaban «fichú mentiroso» y «fichú indiscreto:» era mentiroso cuando hacia creer en atractivos que no existian, y era indiscreto cuando mostraba demasiado lo que una mujer casta y modesta debe ocultar siempre. El fichú Antonietta reasume por su forma y utilidad los otros dos: es muy distinguido y juvenil. Se hace de encaje, de tul, de guipure y de muselina bordada. Se lleva alto, ligeramente abierto en torno del cuello, y menos sobre el pecho. Se sostiene en la cintura con un lazo de ciata, ó bien se cruza por los lados, ó por último se prende detrás en lazo suelto.

Hé aquí el vestido de una pastora moderna. A veces el vestido de muselina no es bordado, y lleva nueve volantes de muselina guarnecidos de encaje: diríase una margarita blanca vestida de baile. Tambien está en boga el vestido Marquesa, en toda la acepcion de la palabra; lleva doble falda guarnecida de afollados y de un gran volante rizado con lazos y franjas de cinta. En cuanto al tocado, consiste en un sombrero redondo de paja de arroz cocida, ó de Panamá adornado con una guirnalda de flores variadas, ó con una corona de frutas y semillas de América. Cuando la cinta es color de cereza, una rama de cerezo con flores y fruta sienta perfectamente: cuando es azul, las florecillas silvestres de ese color le dan un aspecto de Estela ó Galatea. De esa manera se viste de campesina una elegante. Así deja Paris sus pompas y sus obras para hacer economías en el vestir.

En cuanto á los molineros del dia, su traje ostenta tres colores distintos: blanco, nankin y gris: tambien hay el color de castaña, pero pocos jóvenes se atreven con él todavia, pues es de toda necesidad vestirse de un solo color: chaqueta, pantalon, chaleco, sombrero y botines, todo ha de ser lo mismo. Ciertos señoritos que carecen de la elegancia natural parecen cocineros ó pasteleros con su traje todo blanco. Unicamente la corbata puede ser de un color distinto. Un elegante se anuda al cuello una cinta de Saint-Etienne, azul celeste, rosa de China ó malva; esta cinta hace resaltar á veces la fealdad del individuo que la lleva, pero ¿quién se conoce á si mismo? Tan poquisimo nos conocemos, que hay mujeres que piensan hacerse interesantes colocándose en los ojos un lente como los «gentlemen-riders:» este lente va sostenido por un cordoncillo negro á falta de cadena de oro. Es lo mas ridiculo que ha podido verse. Una mujer que se respeta no ambiciona el título de «leona.» Una leona es un tipo particular; acoje todas las locuras de la moda y con ellas quiere triunfar, lo que no logra sino en ciertos sitios públicos adonde concurre cierta gente; las verdaderas señoras tienen modas elegantes y lujosas, pero eminentemente distinguidas.

Tambien se usan para trages de campo frescos tejidos de pelo de cabra y de granadina mezclilla

seda y lana, que figuran faldas de tres volantes. Estas dos telas son para mañana y para visitas sin ceremonia. Cuando se quiere un traje mas de vestir, se elije el barés de volantes de granadina ilustrados con capullos de rosas ó con rayas, ó bien la muselina de seda con volantes de cuadros ó florecillas estampadas. La tela mas rica es una granadina fondo puro con volantes de tafetan blanco, y disposiciones de flores, hojas y dibujos jaspeados.

La forma de los corpiños y las mangas son tan caprichosas que lo que hoy se lleva se abandona mañana. En otro tiempo la moda se parecia á la «hormiga de la fábula,» amontonaba vestidos, sombreros, ropa blanca, chales, encajes; porque los modelos y los dibujos tardaban diez años en renovarse. Hoy la moda no vive siquiera un verano. Se cree tener un vestido al gusto del día porque se llevan mangas con tres pequeños fruncidos plegados unos con otros y dos volantes; y hé aqui las mangas á la Ristori que destronan aquellas manguitas afolladas y fruncidas que recuerdan las de la hermosa Diana de Poitiers. Las mangas á la Ristori son unas mangas griegas fruncidas en canelones desde arriba y que caen muy anchas y muy largas, abiertas de lado; para esto se requiere un brazo con todas las perfecciones imaginables.

Aunque se dice que no se quieren faldetas, lo cierto es que se llevan todavia; pues si se suprimen en los trajes de gala, de gran comida y de baile, se llevan para calle. Por lo mismo que quieren destronarlas, ellas invaden los vestidos hasta la mitad de la falda.

Voy á fotografiar algunos trajes á fin de dar una idea de las modas del día.

—Un vestido de tafetan color de castaña; de cuadritos blanco y castaña, y de rayas del mismo color sobre la falda. Cada rayado va ilustrado con un fleco de cascabelillos de seda cosido sobre el tafetan; toda la falda no es mas que una serie y una coleccion de cascabelillos. El corpiño aplastado y de faldetas lleva rayados de cascabelillos lo mismo que las mangas. Las mangas van fruncidas al sesgo hasta el codo con rayados de cascabelillos que ocultan los fruncidos: se terminan con un grueso afollado y un volante.

—Un vestido de tafetan gris café con volantes de color mas oscuro ilustrados con grandes hojas verdes. La falda lleva tres volantes guarnecidos de franjas de borlitas verdes y cenicientas. El corpiño es escotado en forma cuadrada con una franja que sigue los contornos del escote. Las mangas muy cortas llevan tres volantes.

—Un vestido para traje de mañana de popelina jaspeada gris y negro. La falda es lisa, sin ningun adorno. El corpiño lleva faldetas guarnecidas del color de la tela. Sobre el corpiño va dispuesta una pequeña berta cuadrada de una forma nueva, que sigue el contorno de los hombros. Las mangas son de canelones y van cubiertas con un jockey ilustrado de cascabelillos.

—Un vestido para traje de paseo á pié de tafetan verde con cintas blancas al sesgo, y tres volantes adornados con un rizado de cintas del mismo color. El corpiño lleva un fichú de tafetan adornado con un rizado. Las mangas son aplastadas hasta diez centímetros, y llevan tres rizados en rayas, luego cuelga un ancho volante guarnecido con un rizado y un fleco. El nacimiento de este volante va oculto con un rizado de cinta.

—Un vestido de tafetan color de violeta de doble falda. La primera falda va ilustrada con entredos de guipure y fleco de violeta, y la segunda lleva á cada lado franjas de guipure. El corpiño es aplastado, de faldetas y con franjas de encaje que nacen en la mitad del corpiño y forman roseton por delante y por detrás. Las mangas á la Ristori van adonadas con franjas, y forradas de tafetan blanco.

Un vestido para salir en coche y para comida de convite, con dos corpiños, uno y otro escotados. Este vestido de tafetan color de grosella, va cubierto con tres altos volantes de guipure en aplicacion de tafetan sobre fondo tul negro. Es un encaje de tafetan que tiene relieves muy ricos de dibujos. Los volantes se hallan puestos con un pequeño rizado de tafetan negro con orilla de tafetan color de cereza. El corpiño subido no lleva faldetas: va adornado con un fichú Antonieta de guipure de tafetan que viene á cruzarse en punta á cada lado del talle. Las mangas son de estilo de Luis XVI, aplastadas por arriba, con profusion de lazos de cinta que salen de arriba, y terminadas por un gran volante de guipure de tafetan. El corpiño escotado va cortado en forma cuadrada á la Watteau con berta de guipure que sigue los contornos del escote. Las mangas son tambien cuadradas con adornos de terciopelo cereza y negro. Este adorno de volante de tafetan guipure, tendrá el mejor éxito sobre vestidos de tafetan liso y de color vivo.

—Un vestido de granadina de cuadritos menudos gris y negro, con volantes acanalados azul satinado. El corpiño va escotado, y lleva fruncidos que rematan en un cinturon de cinta con puntas flotantes. Las mangas se componen de lazos de cinta puestos sobre tres volantes fruncidos.

—Un vestido de muselina de seda color de rosa, con tres volantes de tafetan blanco ilustrados con florecillas estampadas. El corpiño escotado lleva un fichú de cinta cruzado bajo un grueso lazo de puntas flotantes: las mangas cortas llevan un gran volante y dos pequeños fruncidos.

Ahora que están enumerados los vestidos á la moda, hablaré un poco de las confecciones y sombreros. Las confecciones tienen la forma de manteletas, de pequeños chales y de basquiñas ajustadas. Cuando se quiere que el chal marque el talle, se hace muy pequeño y se anuda por debajo en torno de la cintura con una cinta. Las

confecciones se adornan con cascabelillos y botones, franjas, borlitas y encajes: las dobles puntas de Chantilly ó de punto guarnecidas de volantes de encaje, hasta de 80 centímetros de altura, son muy aristocráticas; pero si se quiere una prenda de menos valor, se toma una punta sencilla que se forra de tul negro para darla mas solidez y mas relieve. Los pequeños chales granadina se reemplazan con un chal argelino llamado «ziban;» pero está demasiado chillon y pretencioso.

Los sombreros continúan con sus guarniciones de detrás enormes. Las mujeres distinguidas evitan esta ridiculez. Inútil me parece añadir que los sombreros que voy á describir tienen una guarnicion razonable: sin esto me avergonzaria de recomendarlos. Hé aquí la lista:

—Un sombrero de paja de arroz ilustrado y grabado como una alhaja. Al borde del ala lleva un bonito rizado de cinta color de rosa con una puntilla de encaje negro. La guarnicion de detrás cortada al sesgo y aplastada como un cuello, está formada de un rizado como el de la puntilla. Ese es todo su adorno, y sin embargo el sombrero es precioso. Por dentro rizado de blonda y rosas de Bengala.

—Otro de paja de Italia, adornado con una espiga de maiz natural y hojas de tafetan. La guarnicion es de tafetan maiz y va cubierta de encaje negro. Interior de blonda con espigas de maiz, Cintas color de maiz.

—Otro de paja de arroz con orilla de paja y ala calada y abarquillada de blonda. Una blonda muy rica y muy ligera cae en el interior al estilo Maintenon, y se continúa sobre la guarnicion de tul ilustrada de adornos de paja. Al rededor una guirnalda de bolas de nieve color de malva, cintas color de malva.

—Otro de la misma paja con redecilla de terciopelo negro y cinta color de cereza, que termina por un grueso lazo cereza sobre la guarnicion de tafetan blanco, orillada con una cinta de terciopelo negro y blonda. Por un solo lado se vé una adormidera color de cereza con pétalos negros y hojas.

—Otro de la misma paja adornado con una guirnalda de frutas de América con hojas verdes. La guarnicion es de tafetan blanco cubierta de blonda. En el interior rizado de cinta con uvas.

—Otro de crespon blanco y orilla de tul y blonda ilustrado con una cinta de color de rosa. Guarnicion de crespon blanco y orilla de tul y blonda ilustrada con una cinta rosa. Ramitos de flores por ambos lados. El interior es de blonda con flores; cintas de color de rosa.

Termino esta revista con la descripcion del figurin de modas que se acompaña, así como con la esplicacion del patron.

Esplificacion del figurin de Modas que acompaña al presente número.

PRIMER FIGURIN.

Trage de tafetan castaño claro con rayas chicas jaspeadas. Nagua con tres volantes rodeados de cintas muy coquetas rayadas y á cuadros de terciopelo ó cinta de China. Monillo escotado y formado por tirantes anchos de terciopelo ó cinta azul; cuadrado por delante y se entreabre en la cintura para dejar paso á las caidas de encajes del camisolín, que tiene apariencia de chaleco de encaje. Este camisolín, que tiene cuello de volantes de encaje, está cerrado con botones de turquesa, y en la pequeña pieza cuadrada de tafetan lucen tres moños de cinta azul. Las puntas de los tirantes concluyen en moños de cinta azul con cabos largos. Las mangas están formadas de tres volantes ligeramente fruncidos los unos sobre los otros, adornado cada uno con cintas ó terciopelo á cuadros. Las mangas blancas están formadas por dos grandes buches de tul, punto de espíritu. Pulsera de terciopelo negro. Sombrilla de tafetan azul jaspeado, rodeada del volante azul á puntas, recortadas con máquina: el mango de marfil labrado. Guantes de medio color parecido al vestido. Sombrero de crespon ó paja gris rosa, guarnecido de fruncido de terciopelo azul China y plumas gris y azules: las plumas azules rizadas, y las mas grises caidas formando lluvia, de avestruz y marabú; moños de cintas azules.

SEGUNDO FIGURIN.

Trage de tafetan violeta con una lista rayada al través y otra de flores de dos puntos violeta. Monillo alto abrochado con botones de seda y rayados, formando solapa sobre el pecho y los hombros. Mangas con dos buches pequeños y dos volantes. Berta manteleta de tafetan verde col, bordada con estrellas de terciopelo negro. Esta berta está medio escotada y baja debajo del talle: tiene dos volantes de encaje; el uno sale del alto de los brazos y cubre el tafetan hasta el talle; el otro sale del talle y cae sobre la nagua. Cuello y mangas de punto de Inglaterra, Brazaletes formado de cinta de cuadros anchos, rodeados de pequeñas rosas de oro y adornos de esmeralda. Guantes de Suecia. Sombrero de crespon blanco con blondas blancas, guarnecido de plumas. El interior es de blonda con ramos de rosas de Bengala.

Esplicacion del Patron que acompaña al presente número.

TALLE Á LA ARAGONESA PARA NIÑAS DE UNO Á DOS AÑOS.

Este traje, cuyo dibujo presentamos, se hace en popelina ó piqué, con cuadros blancos y azules, se adorna con un galon de seda azul de 3 centímetros de ancho, bordado con trencilla blanca.

N.º 1. Es el delantero del talle con tres pliegues huecos que le atraviesan por todo su ancho: la tabla de cada pliegue debe tener 2 centímetros y medio.

N.º 2. Mitad de la espalda con tres pliegues parecidos á los anteriores.

N.º 3. Mitad de la manga corta.

N.º 4. Hombrillo.

La enagua es hecha en pliegues huecos; se adorna lo mismo que el talle con cuatro galones verticales; los de los lados pasan por el hombro y se terminan como los de enmedio, á la mitad de la enagua, por delante y por detrás. Se hace la cintura por separado, poniendo un galon encima. El delantero del talle se adorna con cuatro botones puestos sobre los pliegues y la cintura. Para concluir este trajecito se cose á la orilla del talle y de la manga una cinta bordada.

N.º 5. Pelerina ó manteleta adornada con un galon rizado.

N.º 6. Representa el conjunto del magnífico canastillo siguiente.

N.º 7. Mitad de la banda que forma el canastillo, esta banda es de piel de Rusia, los dibujos y filetes se bordan con trencilla de oro; se pone entre los filetes dos filas de perlas negras, que bastan estar ensartadas en todo su largo, y que se atraen de distancia á distancia. El canastillo se arma haciendo un óvalo de carton, sobre el cual se pone la banda bordada; se forra todo de seda sobreponiéndole un saco del mismo color que el forro.

N.º 8. Antonia. Al pasado y cordoncillo.

« 9. Concepcion. Al pasado.

« 10. Guarnicion para enaguas, bordado al feston.

« 11. Embutido; punto de Venecia.

« 12. Cristina. Bordado con cordoncillo.

« 13. H. P. pespunte.

« 14. U. F. id.

« 15. L. B. id.

« 16. S. B. id.

« 17. C. L. al pasado.

« 18. Mitad de un pañuelo bordado de pluma, punta de arma y punto de escala.

« 19. Cuello bordado al pasado.

« 20. Embutido al pasado.

« 21. Guarnicion de pantalon, camisa, enagua y plumetis, ojetes.

N.º 22. Escudo, plumetis, con las letras S.B.
« 23. Flora, bordado á pespunte y cordoncillo.

« 24. Escudo, plumetis con las letras A. S. enlazadas.

« 25. Lucía, bordado al pasado y cordoncillo.

« 26 J. L. al pasado.

LA PRADERA EN ABRIL.

Ya el verde campo tapizan
las florecillas de Abril,
dando fragancia á las auras
la violeta y el jazmin.

Ya tiende el zagal gozoso
su entrelazado redil
y entona cántico alegre
de la aurora al sonreír.

Ya trina risueña el ave
entre flores mil y mil;
y el manso arroyo murmura
su leve curso al seguir.

Cuán bello es allá en el campo
entre las flores vivir,
disfrutando de la calma
encantadora de Abril.

Allí donde no se escucha
el destemplado festin
del mundano torbellino
ni su horrisono rugir.

Allí donde goza el alma
de paz tranquila y feliz,
y dó le presta consuelo
la bella aurora al lucir.

Me alucina la belleza
de la pradera en Abril,
y de su paz disfrutando
quiero morar siempre allí.

(Remitido.)

E. G. M.

EL ÁRABE.

Sus! á escape!... Marchad con furia insana
Entre nubes de polvo abrasador:
Ya asoma la rendida caravana,
Corramos á saciar nuestro rencor.

Sus! hijos del desierto! En el oasis
Van á calmar la sed de sus ardores,
A evitar entre palmas y entre flores
El vivo fuego del ardiente can.
Sus! corramos y en sangre teñiremos
La verde alfombra de perfumes llena,
Que mañana mil ráfagas de arena
Esos lagos de sangre cubrirán.

Cual el Simoun con fuerza impetuosa
Arrasa cuanto encuentra en su camino,
Así envuelto en el denso torbellino
Sediento de botín me lanzaré:
Sangre que humee, borbotando en torno,
Oro que limpio entre mis manos brille,
Frentes altivas que mi planta humille,
Esa es mi gloria, mi pasión, mi fé.

Sus! valientes, mañana en nuestra tienda
Mil perfumes gozando embriagadores,
Nuestras glorias y triunfos y loores
El bardo de la tribu cantará:
Del botín el espléndido tesoro
Nos dará mil delicias, mil placeres,
Sus trenzas ornarán nuestras mujeres
Con las joyas y el oro del Paebá.

Vuela, vuela, mi yegua favorita,
Al aire entrega tus revueltas crines,
Recorre del desierto los confines
Cual violento huracan devastador.
Fuego lanza tu vívida pupila,
Tu anhelante nariz ardiente humea,
Vuela, hermosa, ya anuncia la pelea
Su bélico relincho bramador.

Sed de venganza nuestro labio seca,
Con loca furia el corazón nos late,
Sus! mi tribu, corramos al combate
Que tras él hay tesoros, hay botín.
Corramos que en un piélago de oro,
Hay olas de luciente pedrería,
Y nuestros roncros gritos de alegría
Resuenen del desierto en el confin.

Sus! á escapel!.. Marchad con furia insana
Entre nubes de polvo abrasador:
Ya asoma la rendida caravana,
Corramos á saciar nuestro rencor.

IGNACIO VIRTO.

EL CAUTIVO.

Romance.

Si en la noche silenciosa
de tu gótica ventana

al pié escuchas una voz
que melancólica canta:
si á los rayos de la luna
ves una sombra que vaga
y al hallarse junto á ti
huye cual vision alada:
si ves cubierta tu alfombra
de las flores mas lozanas,
el cautivo es el que entona
en la noche la balada,
el cautivo es el que teme
que le mires, porque matas;
el cautivo es el que flores
osa verter en tu estancia;
y el cautivo es, Zaida bella,
el que en silencio te ama.
Descorre, mora, ese velo
que tanta hermosura guarda,
y dá calma á mis dolores,
con amorosas palabras.
Lejos estoy de mis padres,
lejos estoy de mi patria,
y si cautivo es mi cuerpo,
cautiva es tambien mi alma.
Abandona del harem
los perfumes y las galas,
que ámbares y galas puede
darte el cautivo en su patria.
Ven, mora, ligero esquite
cerca de aquí nos aguarda:
ven, y surquemos en él
del mar las movibles aguas,
antes que tienda la aurora
su manto sobre la playa.

A. ANGUITA Y S.

ANÉCDOTAS.

Estando un pintor en un pueblo en casa de unos buenos labradores, le dijo su huésped que le pintase un S. Juan Bautista que deseaba tener. Quedó tan satisfecha de la obra, que en seguida le dijo que hiciese el retrato de su hijo. «Y dónde está?» preguntó el pintor. «Hay tres años que murió,» contestó la madre. «Entonces ¿cómo lo retrato si nunca lo he visto?» objetó el pintor. «¿Y eso qué le hace?» repuso la buena mujer; «tampoco habíais visto nunca á S. Juan, y lo habeis sacado muy bien.»

Un marido que dictaba una carta para su mujer, le dijo al escribiente: «apriete V. la mano y escriba fuerte, porque mi mujer es algo sorda.»

LAUROS MARCHITOS.

Cuando la noche triste
tendiendo por el mundo el negro velo
de parda sombra viste
el matizado suelo,
y la estrellada bóveda del cielo;

Cuando, hecha una jornada
del largo viaje que llamamos vida,
la humanidad cansada
en blando sueño olvida
que ha de volver mañana á la partida.

Sentado yo delante
de un bufeté, en mi estudio retirado,
á la luz vacilante
sobre un libro inclinado
sus páginas leía entusiasmado.

Porque ellas en mi mente
á renovar venían la memoria
de la pasada gente,
su magnífica historia,
sus héroes, sus combates y su gloria.

Pasaban á mi vista
Césares y Pompeyos y Scipiones
de una en otra conquista,
llevando á las naciones
la formidable ley de sus legiones.

Y aquellos griegos sabios
libres, civilizados, valerosos,
vengando los agravios
de aquellos insidiosos
ejércitos de Jerjes numerosos.

Tú, macedon valiente,
que das la ley al Asia en tres batallas,
mas grande que prudente,
y á tu ambición no hallas
mas que en la muerte inexorable, vallas.

Tú, Mitridates fuerte,
y tú, Aníbal, terror de los romanos,
fieros dándoos la muerte
por no caer en manos
de vuestros enemigos y tiranos.

Y un hecho y otro hecho
la mente al admirar entusiasmada,
miraba con despecho
fuerte la edad pasada,

débil la nuestra ya y degenerada.

Y á un tiempo recordando
antiguas glorias de la patria mía,
decía suspirando:
«Ay! ¿quién creyera un día
que el mundo tan postrada te vería?»

«Tú, que de Roma fuerte
y Cartago humillaste la arrogancia
sucumbiendo á la suerte,
mas de heroica constancia
pruebas dando en Sagunto y en Numancia.

«Tú, que el postrer rey godo
perdió del conde don Julian vendida,
y que al ver en el lodo
tu real corona huída
allá en los campos de Jerez vencida,

«Como leon que herido
se refugia en el áspera montaña,
y aun no fortalecido
bajando á la campaña
prueba su aliento en una y otra hazaña.

«Desde un palmo de tierra
que no pudo arrancarte el mauritano
le hiciste cruda guerra,
fundando lanza en mano
el reino leonés y el castellano.

«Y siete siglos, siete
sostuviste la lid ensangrentada
que empezó en Guadalete
y acabó en la encantada
vega del Darro y del Genil bañada.

«Y luego á aquel profundo
marino dando fé, tú solamente,
fuiste á buscar un mundo
ignoto á toda gente
á través de los mares de occidente.

«Y á Flandes sometiste
y el italiano suelo conquistaste,
y en Lepanto venciste,
y do quiera lidiaste
siempre la palma del valor llevaste.

«Hoy yace tanta gloria
perdida en el olvido: tanta hazaña
que conserva la historia
de una y otra campaña,
mengua son hoy de la abatida España.

«Ayl si posible fuera
que de sus tumbas otra vez se alzarán
los que en aquella era
gloriosos hijos tuyos se contarán
y dividida en bandos te mirarán!

«Ayl cuántas de sus ojos
lágrimas tristes de dolor corrierán!
Acaso en sus enojos
tu nombre maldijeran
y á sus antiguas tumbas se volvieran.»

De este modo diciendo,
con estos pensamientos batallando,
la luz se fué estinguendo:
yo quedé lamentando
no sé bien si despierto ó si soñando.

JOSE M.^a DE LARREA.

LA MONJA NEGRA.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

En el año de 1642 residía en la calle oscura y tortuosa de la Fanniere, en Colonia, y á corta distancia de la catedral, una pobre mujer conocida únicamente por el nombre de María Mariana. Vivía con una criada anciana, en una casa estrecha, vieja, ruinosa y mal construida. Su habitacion se componia de dos cuartos, uno en el piso principal y otro en el segundo, cuyo único medio de comunicacion era una escalera de piedra tambien ruinosa. Cada cuarto tenia una ventanita con vidrios pequeños engastados en plomo. No podia darse una cosa mas miserable que el aspecto y los muebles de estos aposentos. Dos catres de pino con colchones cubiertos de jerga gruesa, dos pobres mesas, media docena de sillas de madera blanca y espadaña, y algunos utensilios de cocina, componian todo el ajuar de la anciana de Colonia.

María Mariana, á juzgar por las muchísimas arrugas de su cara, debía tener cuando menos setenta años. Sin embargo, aun se hallaban en su semblante vestigios de una extraordinaria hermosura. Sus facciones denotaban un carácter noble; sus modales mucha dignidad, y sus ojos negros, á pesar de su edad conservaban vivísima espresion: además, su lenguaje, su estilo y tono, no solo indicaban que conocia la alta sociedad, sino tambien que estaba acostumbrada á dominarla. Viviendo enteramente retirada huyendo del mundo y especialmente de la conversacion de sus vecinos, jamás salia de casa, á no

ser que algun asunto de importancia la obligase á ello. Toda su riqueza consistia en una corta pension que percibia regularmente cada seis meses, cuya procedencia se ignoraba.

La estremada soledad en que pasaba la vida, llamó la atencion de los habitantes del pais. Solo la llamaban la *Monja negra* en la calle donde vivia. Sin embargo, sus modales, su reserva, y particularmente las huellas de un dolor profundo, que se notaban en sus facciones, habian inspirado tal respeto hácia ella, que cuando aparecia en la calle, no habia un muchacho en la parroquia que no se quitara su gorro de lana al verla pasar.

Ninguna familiaridad existia entre María Mariana y la vieja Brígida, su criada. María se encerraba por lo regular en su cuarto con su costura, mientras Brígida quedaba en el de arriba, ocupada en guisar ó hilar cuando tenia cáñamo. Así vivian estas dos mujeres, completamente aisladas del mundo, y una de otra. En el invierno, para economizar el gasto de dos lumbres, María Mariana permitia que su criada estuviese en su cuarto. En un rincon se ponía la criada con su torno, y al otro lado el ama, sentada en un sillón forrado de cuero y con un respaldo alto. De este modo pasaban juntas las largas veladas de la estacion sin hablarse una palabra.

Si á veces el ama se hallaba dispuesta á tener un rato de conversacion era para preguntar á la vieja criada algunos pormenores de su familia.

—Brígida, la preguntó una noche, ¿has tenido carta de tu hijo?

—No, señora, y sin embargo el correo de Frankfort ha llegado esta mañana.

—Lo ves, Brígida? el contar con el cariño de los hijos es una verdadera locura. No eres la primera madre que tiene que quejarse de su ingratitud!

—Pero, señora, José no puede ser nunca ingrato, quiere á su madre, y me ha dado ya pruebas de ello. Si no me ha escrito, habrá sido únicamente porque no tendrá nada nuevo que decirme. No debemos ser demasiado severos con nuestros hijos.

—Severos! ciertamente que no; pero ¿no tenemos derecho á su sumision y respeto?

—Por lo que á mí hace, querida señora, jamás he deseado otra cosa que el cariño de mi hijo, y á la verdad, hasta ahora no me ha dado ningun motivo de queja.

—Yo te felicito, Brígida, contestó María Mariana suspirando profundamente; yo te felicito, porque yo... ay de mí! yo tambien soy madre, y ¿qué madre podia haber sido mas feliz? Tres hijos!... tres hijos!... Fortuna, esplendor, grandeza para todos! Y sin embargo, mírame abandonada... olvidada... en la miseria! Considerándose ellos desgraciados si les recuerdo que existo. Oh! cuán feliz eres, Brígida, si Dios te ha dado un hijo bueno, tierno, cariñoso! Yo no he hallado en los míos mas que ingratitud y desden.

—Pobre señora! exclamó Brígida. Pues mi José es tan tierno como agradecido.

—Me desgarras el corazón, Brígida!... Pero mudemos de conversacion, pues no hacemos mas que renovar la agonía de mis angustiosas penas: he sobrellevado y sufrido con paciencia muchos males. Me ves triste, silenciosa, reservada, Brígida. Muchas veces me has preguntado la causa de mi dolor: no trates no, de saberla! Si no debe tener jamás fin, mi secreto morirá conmigo, y á lo menos me libentaré de la compasion del mundo.

—Respeto vuestro dolor, señora, y Dios es buen testigo de que jamás traté de saber vuestro secreto; pero ¿por qué evitais la compasion de vuestros semejantes? La compasion alivia muchos males.

—Para penas como las mías, contestó María Mariana con altivez, los consuelos del vulgo son tan indignos como inútiles. La compasion, sin aliviar mis males, me ofenderia.

El tono orgulloso y altivo con que fueron pronunciadas estas palabras, intimidó á la pobre Brígida. La conversacion cesó, y la laboriosa criada siguió dando vueltas á su torno.

Al cabo de un cuarto de hora, María Mariana volvió á reanudar de este modo la interrumpida conferencia.

—¿Te has quedado viuda, Brígida? ¿Qué era tu marido?

—Servia en la guardia de mi señor el arzobispo de Colonia.

—¿Ah! ¿El tambien era militar? ¿Y fuiste feliz?

—¿Ah; pobre hombre! Dios haya su alma en paz; tenia muchos defectos.... Pero tampoco desgraciada.... de ningun modo. Con mucha paciencia de mi parte, un poco de buen humor y bastante sumision nos llevábamos siempre bien. A él, á la verdad le gustaba el vino un poco mas de lo regular, y tambien me daba motivos de celos.

—Ah! si, precisamente, un pérfido, un relajado. Mi marido, Brígida, era tambien militar y lo tenia yo á mucha honra; pero los vicios infames que acabas de indicar le dominaban igualmente. Algunas personas trataban de restablecer la paz entre los dos; pero generalmente no hacian mas que aumentar nuestros resentimientos. ¡Qué podré decirte! Madre desgraciada, tambien fui esposa infeliz. Y como si esto no bastase, mi marido murió víctima de una atroz traicion y, ¡sobre quién piensas tú que trataron de que recayese la sospecha de un infame asesinato?

—¿De un asesinato, señora?

—Sí, de un asesinato.... ¡sobre mí, sobre mí, recayó la acusacion!

—¿Ay Dios mio! ¡Cuánto os compadezco!

—Acusada delante de mis hijos, de mis hijas y de mis yernos; acusada y perseguida por mi mismo hijo, como si hubiese sido culpable de aquel crimen!

—¿Pero se convencieron luego de que érais inocente?

—Oh! sin duda se hubieran convencido de mi inocencia, si yo hubiese sido una pobre mujer, sin fortuna, sin poder ni influjo; pero tenia todo esto, Brígida, y era necesario arrebátarmelo todo. Por esto me calumniaron y me encerraron en una prision, y como no pudieron matarme, me separaron de todos mis amigos y me sumieron en la triste posicion en que me ves.

—¿Desventurada! dijo Brígida.

María Mariana no contestó, se cubrió el rostro con el pañuelo y derramó algunas lágrimas.

La estraña historia que acababa de oír la pobre criada produjo en su honrado corazón una ansiedad y duda terribles. Pensativa, se distrajo y olvidó dar vueltas á su torno. Principió á recordar un sin número de circunstancias relativas á la vida de su ama, que nunca habian llamado su atencion. ¿Por qué apreciaba tanto aquellos vestidos de luto que la habian hecho adquirir el título de la Monja negra? Brígida se acordó tambien de que en varias ocasiones habia sorprendido á María Mariana muy ocupada en leer pergaminos cubiertos con sellos de lacre encarnado, que aquellos pergaminos los tenia en una cajita de hierro, y que los encerraba con mucho cuidado en el momento que la veia entrar en el cuarto. Por último, (y esto le parecia lo mas sospechoso) una noche que su ama estaba con calentura, exclamaba en su delirio con un horror indecible: «¡No, no quiero verle! ¡Que quiten de aquí ese vestido teñido de sangre! ¡Apartad de mi vista ese cruel homicida!»

¿Quién era pues aquel fantasma que la perseguia? ¿Quién el asesino que la inspiraba tanto horror? y quién podia ser sino un cómplice? Cuando esta idea se fijó en la imaginacion de la pobre criada, empezó á temblar de terror y espanto. Sin embargo, su buen corazón y hermosa indole ahuyentaron ese mal concepto, y prosiguió la conversacion del modo siguiente:

—Pero, querida señora, ¿por qué no confia V. sus penas á nuestro soberano, el arzobispo, elector de Colonia? Es bueno y compasivo y os hará justicia.

—Nada puede hacer por mí, contestó Mariana. El Elector como los demás principes y todos los hombres en general, antes de todo mirará siempre por sus intereses. ¿Qué ventaja le resultaría de servir á una pobre anciana? Son mis perseguidores tan poderosos, que temería indisponerse con ellos. No: un solo recurso me queda; este es poner toda mi confianza en Dios, rogarle por los pocos amigos que me han permanecido fieles, y dirigirle mis súplicas para el feliz éxito de sus proyectos.

—Bien dicho, señora, exclamó la pobre Brígida, á quien esta apelacion al Ser Supremo le parecia la mejor prueba de una conciencia tranquila. Orad, continuó y tened confianza en Dios,

pues en él hallareis siempre el mejor amigo y protector.

En aquel momento oyeron llamar á la puerta de la calle.

—¿Quién puede llamar á esta hora? preguntó María Mariana.

—Son mas de las nueve y no puedo acertar...

—Llaman otra vez! Ve á ver lo que quieren, Brígida, pero no abras la puerta hasta saber quién es.

Brígida tomó la lámpara, bajó, y á poco rato volvió á entrar acompañada de un clérigo. Era el padre Francisco, en cuyo semblante se veían las señales de la abstinencia y del dolor.

—¿Qué motivo puede traeros aquí tan tarde, buen padre? preguntó María Mariana.

—Noticias de alguna importancia y que desearia comunicaros, contestó el padre.

—Brígida, dijo la Monja negra, déjanos solos un momento.

La criada tomó una luz y subió á su cuarto.

—Vamos, vamos, ya estamos solos: ¿qué tiene V. que decirme? preguntó María.

—He recibido noticias de Francia.

—Buenas?

—Su resultado puede serlo. Todos los nobles están disgustados con el primer ministro. Enrique Effiat, el gran Camarlengo y el favorito se han unido al duque de Bouillon y á Monseñor, hermano del rey, y han tomado parte en sus planes. Un tratado que debe concluirse con la España tiene por objeto la paz y por condicion la separacion del cardenal.

—Dios sea loado!

—Sin embargo, no debemos lisonjearnos demasiado de su buen éxito. Hasta ahora en la guerra con la España, la suerte ha favorecido á nuestras tropas. Los ejércitos españoles han sido derrotados por nuestros generales en Cataluña y en Bruselas. En medio de estos tiempos un tratado de paz y la desgracia del ministro que los ha proporcionado, hallarán mucha oposicion. El odio de todos hácia Richelieu es lo mejor de nuestra causa. Esperan que el rey, siempre débil y sin voluntad propia, se adherirá al partido que abrazase su favorito.

—Esto es infalible: y entonces saldré de mi destierro, me repondrán en todos mis honores y volveré á todo mi poder! Estad seguro, padre, de que sabré recompensar á los que como vos me hayan servido con celo y fidelidad.

—Estoy convencido de ello, señora; pero obrad siempre con prudencia: aparentad mucha devocion. En el momento en que yo reciba otras noticias os las comunicaré. En el entretanto frecuentad nuestra iglesia: colocaos en el rincon mas oscuro, á mano derecha, á lo último de la nave: allí sabrá V. cuando podré hacerla otra visita.

—Obraré en todo con arreglo á vuestras instrucciones, padre; y llamó á Brígida para que acompañase al padre Francisco hasta la puerta de la calle.

Al día siguiente Brígida vió á su señora piadosamente arrodillada en las frias losas de la catedral rezando con devocion. Si alguna duda habia quedado en el espíritu de la criada acerca de la inocencia de su ama, aquel espectáculo acabó de desvanecerla. Pide á Dios, pensó, la fuerza necesaria para resistir á sus enemigos. Un delincuente no puede orar con tanto fervor.

Se pasó el invierno sin que María Mariana dejase de asistir ni un solo día á la catedral. Este ejercicio extraordinario, unido á las alternativas de temor y esperanza, alteró su salud, y las calenturas que habia padecido antes la atacaron de nuevo con mucha violencia. Todos los días veía al padre Francisco en la iglesia, pero sus miradas nada espresaban: pasaba á su lado sin volver la cabeza. Por fin un día se paró, se inclinó hácia ella y le dijo con un tono de voz casi imperceptible: ¡Todo se ha perdido!

La sensacion que estas palabras produjeron en la pobre Mariana fué tan terrible que hubiera caido desplomada en el pavimento en que estaba arrodillada á no haberse sostenido con las manos. Volvió á su casa en un estado de indecible inquietud y tuvo que meterse en la cama.

Aquella misma noche vino el padre á verla, y cuando estuvieron solos María le preguntó:

—¿Qué ha sucedido padre?

—¿Han arrestado á Mr. de Cinq Mars.

—¿Y el duque de Bouillon?

Ha huido.

—Pero, ¿y el tratado con el rey de España?

—En el momento mismo en que lo estaban firmando en Madrid, el astuto cardenal recibia una copia de él.

—¿Y por quién se ha descubierto la conspiracion?

—Por medio de un traidor que nada perdonó para lograr que se le iniciase en el secreto.

—¿Así pues, mis enemigos han vuelto á vencerme?

—Richelieu es mas poderoso que nunca y tiene al soberano en un estado de mayor esclavitud.

Desde aquel momento la enfermedad de la anciana se agravó y presentó sintomas alarmantes. Volvió el delirio y con él el espectro..... el ser sobrenatural con el vestido teñido de sangre, que habia escitado ideas tan terribles en la imaginacion de la criada. En los fuertes accesos de calentura, María Mariana se veia perseguida de aquella fantasma, la repelía con horror, la ultrajaba y dirigía las mas furiosas recriminaciones; entretanto Brígida, sentada á la cabecera de la enferma, rogaba á Dios por ella.

Al cabo de un mes, María debilitada por la edad, estenuada por el mal y destituida de los recursos necesarios y que su enfermedad requeria, espiró el día 3 de Julio de 1642.

En el momento de saberse su muerte en el barrio que habia habitado, presentóse uno de los magistrados de la ciudad en su miserable habita-

cion para sacar testimonio de su muerte, del nombre de la difunta y de quienes eran sus herederos. Sabian únicamente que era extranjera.

—Escriba V., dijo el padre Francisco que se hallaba presente, como nombre de sus herederos: «El rey de Francia.»

«Monseñor, duque de Orleans, hermano del rey.»

«Enriqueta de Francia, reina de Inglaterra.»

—¿Cuál es pues el nombre de la difunta? preguntó el magistrado con asombro.

—La escelsa y poderosa princesa Maria de Médicis, reina de Francia, viuda de Enrique IV y madre del monarca reinante.

ELOISA GATTELED DE SANTA COLOMA.

EN SEVILLA.

Bien me lo dijo mi alma
al ver tanta maravilla;
¿quien puede sino en Sevilla
tus encantos producir!
Con que es cierto allí naciste?
allí al fulgor de la luna,
la brisa meció tu cuna
te arrulló Guadalquivir.

Allí por la vez primera
sonrió tu boca hermosa,
ante aquel cielo de rosa,
ante su fúlgido sol.
Allí se abrieron tus ojos
á el amor encadenando,
en su espresion revelando
el noble orgullo español.

¡Bien hayan del claro Bétis
las riberas seductoras,
donde corrieron las horas
de tu cándida niñez!
Su cristal al retratarte,
la flor que tu planta hollaba,
la que el alma columpiaba
envidiando tu esbeltez.

¿Qué son sus campos floridos,
sus magníficos vergeles,
sus praderas de claveles
y sus bosques de aleli?
¿Qué son sin tí, mujer bella?
tristes sitios que te lloran...!

Si algun encanto atesoran
es que tú naciste allí.

Mas ay! por qué tu hermosura
hoy canta mi pecho triste,
si para mí solo fuiste
sombra de felicidad?
¿Para qué te he conocido
mujer hermosa y querida?
¿para llorarte perdida
por toda una eternidad!

(Remitido.)

J. DE P. BLANCO.

Autorizados competentemente, trasladamos á nuestras columnas el siguiente artículo tomado del acreditado periódico *Correo de Ultramar*. La escelencia de las ideas que contiene, y el ser fruto de la distinguida pluma del Sr. Ochoa, nos han movido á copiarlo, persuadidos de que proporcionaremos un especial placer á los lectores de nuestro periódico.

EL LUJO MODERNO.

¿A dónde vá á parar nuestra sociedad con esa moderna plaga del *lujo* que se ha desarrollado en su seno como una lepra, y que si nó se le pone remedio pronto, pronto, pronto, amenaza nada menos que disolver sus vínculos mas sagrados con el virus de una espantosa y necesaria desmoralizacion? Tal vez á primera vista parecerán exageradas estas palabras. Los observadores superficiales creerán que de intento hacinamos las metáforas terroríficas en este apóstrofe *ad societatem*, para dar á nuestro artículo un falso aire de arenga catilinaria, mas por artificio retórico que por que la cosa en sí merezca tanto ruido; pero protestamos, la mano sobre el pecho, que nada, absolutamente nada creemos exajerar al repetir, aunque en forma mas pedestre y sin recursos oratorios imitados de Ciceron, que la sociedad se pierde,—que la sociedad se hunde sin remedio en un abismo de inmoralidad si pronto, muy pronto, no se dá á las ideas públicas un giro tal que ataque de frente y destruya en su ya peligrosísimo progreso esa locura del lujo moderno, origen necesario (si no se ataja á tiempo) de incalculables estragos para las familias,—y por consiguiente para la sociedad.

Y ya que hemos citado á Ciceron, recordemos su sabia máxima; *¿Quid leges sine moribus?...*

¿De qué sirven las leyes sin las costumbres?... por eso no pedimos leyes contra el lujo (*suntuarias*, que dicen los doctos): serian inútiles ó perjudiciales; pero pedimos como el pan que se modifiquen las *ideas*, que se les dé el giro conveniente á fin de que ese lujo se vaya conteniendo en justos límites, y esto no es obra de los legisladores: esto compete á los publicistas, á los filósofos, á los amigos de la humanidad.

Los que mas eficazmente pudieran contribuir á tan feliz resultado son los poetas cómicos. Un nuevo Molière que flagelase hoy con el látigo de Talía el furor del lujo, haría un bien mucho mayor á sus contemporáneos que el que hizo á los suyos el autor de *Tartuffe* y de las *Preciosas ridiculas*, cebándose en los vicios comparativamente inofensivos de la gazmoñería y del pedantismo. Un segundo Cervantes que inmortalizase en páginas *leídas por todos los que saben leer*, como las del *Quijote*, la ridiculez y los peligros de esa funesta y sandia manía del lujo, podría salvar á la sociedad. Compadecido de la situación á que hemos llegado por nuestro escaso discernimiento ¿suscitara Dios entre nosotros el nuevo Cervantes ó el nuevo Molière, cuyo ingenio pudiera abrirnos con su divina luz el abismo á que caminamos?... ¡Quién sabe! pero si no es ese, otro medio elegirá el Señor, no lo dudemos, para apartarnos del mal que nos arrastra, pues escrito está que su misericordia infinita vela sobre nosotros, como un buen padre sobre sus hijos.

Examinemos rápidamente el estado actual de la cuestion que nos ocupa, aplicada á la clase media.

El lujo moderno, decimos, ha llegado á un extremo que amenaza ya de un modo sério á la sociedad. ¿Necesitamos demostrarlo? Sea: lo haremos pintando con sus verdaderos colores lo que hoy pasa en la mayoría de las familias, dejando á un lado por supuesto honrosas escepciones, sin particularizarnos con persona, ni aun con pais alguno, pues hoy que las costumbres tienden á nivelarse en todas partes, lo que digamos de París, por ejemplo, donde escribimos, es aplicable en mayor ó menor escala á todas las grandes ciudades de Europa y tal vez de América.

Veamos, pues, lo que pasa. Ante todo, tenemos que señalar dos clases de lujo igualmente ruinosas, igualmente generalizadas; el lujo en las personas, el lujo en las cosas. Ambos han llegado á un grado de exageracion, por no decir de desenfreno, que no guarda ya proporcion alguna con los recursos ordinarios de las clases medias. Dividense estas en dos grandes secciones: las de las familias que viven de sus rentas,— y la de las que viven del trabajo de alguno, ó algunos de sus individuos: aunque muchas participen de estos dos recursos á la vez, perteneciendo de hecho á ambas secciones, esto no obsta para que la clasificacion que hemos establecido sea la mas exacta, en cuanto es sin duda la que mejor las comprende á todas. Las primeras, en su inmensa

mayoría, disfrutan de una renta corta: desde el momento en que esa renta es muy considerable, ya la familia que la disfruta sale de hecho de lo que se llama las *clases medias* pasando de un salto y sin necesidad de pruebas, ni mas ejecutoria que su dinero, á la categoria de *las allas*, esto es, á la aristocracia. Ya esta familia aristocratizada sale pues del círculo de nuestras observaciones. Hasta cierto punto, lo mismo diremos de las familias que viven del trabajo de alguno ó algunos de sus individuos: si la retribucion de este trabajo (profesion científica ó industrial ó mercantil, empleo público ó siquiera simple oficio manual) es muy considerable, cáten Vdes. elevado á la categoria de *personage* al afortunado mortal que la disfruta y á su familia convertida en *aristocrática*, siquiera el padre ó el hermano que la mantiene se hayan enriquecido vendiendo embuchado debajo de los portales de Santa Cruz, jugando al alza y la baja en la Bolsa de París, ó despachando cargamentos de opio para envenenar á los chinos desde la *City* de Londres. Tambien, pues, estos ilustres señores y sus nobles familias salen de nuestro círculo de observacion. Solo vamos á hablar de la mayoría; ¿y quién duda que esta se compone en todas partes de posiciones modestas debidas á caudales medianos? ¡pues bien! en esas posiciones modestas es cabalmente en las que el lujo tiene mayor número de insensatos adoradores; en esas familias, en las que el orden y la economia son, ó mas bien deberían ser, tanto como una virtud, una verdadera necesidad, es donde vamos á sorprender las grandes estravagancias y los desvarios increíbles que produce la manía del lujo, producto infecundo de la vanidad y la tontería adunadas en maridaje nefando.

Triste cosa es tener que decirlo, pero es lo cierto que el sexo hermoso, al que todos los hombres debemos especiales respeto, y cariño aunque no sea mas que porque á él pertenecen nuestras madres, es cabalmente el que mas alta lleva la bandera del estravio que lamentamos. Las mujeres son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado hoy en el mundo al Becerro de oro! Ellas son las que por satisfacer su sed de lujo, impelen á los hombres, en general, y á sus maridos en particular, á posponerle todo á la primera y perentoria necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres; sobre las mujeres cae la mayor responsabilidad de todo ó casi todo lo que tienen de materialista, de interesado y de repugnante para toda alma noble las costumbres modernas. Y obsérvese una cosa muy singular, tanto que parece que contraria hasta las leyes de la naturaleza: en todas las especies de seres animados, los individuos de cada sexo hacen lo posible para *agradar* á los del otro. Nosotros los hombres, por ejemplo, es seguro que si nos aseamos y nos componemos es principalmente por agradar y parecer bien á las mujeres: lo mismo hacen, á su modo, los leones, con respecto á las leonas; lo mismo las

tortolillas con respecto á sus galanes. Así es lo natural; solo las mujeres se desviven, se arruinan y pierden el juicio por agradar bien á las mujeres! De los hombres les importan tres caracoles y de sus maridos ni uno solo. No se citará (salvo excepciones) el caso de una mujer que haya hecho el sacrificio de añadir una rosa á su peinado, ni una cinta del valor de cuatro cuartos á su falda por parecer bien á su marido si es casada, á su amante si es soltera, y se citarán á miles casos de damas elegantes que han sacrificado unas hasta el pan de sus hijos, otras hasta el honor de sus padres por el placer estúpido de ir barriendo con los encajes de sus volantes, los barros de la calle, no á fin de parecer mas hermosas á los hombres (no llega su insensatez á tanto y por lo mismo son menos disculpables), sino para que la amiga ó la rival clamen al verlo; *¿Qué bien puesta vá!* ¿Es deseo de agradar ó de mortificar á sus prójimas en lo mas íntimo de su vanidad y de su envidia? Indudablemente es lo segundo, pero para el caso es lo mismo, y ciertamente que la ruindad de su origen en nada puede atenuar, antes muy al contrario, la fealdad de ese sentimiento. Con doble motivo, no teniendo, como no tiene por objeto ese desatinado lujo personal de las mujeres cautivar la voluntad de los hombres (pues es claro que á estos les gustan mas aquellas cuanto menos ataviadas), no puede dicho lujo alegar como legítima excusa el natural instinto mujeril á que los franceses dan el nombre de coqueteria, en su buen sentido; esto es, en el de agradar al otro sexo: no es pues mas que un mal sentimiento de loca vanidad el que las arrastra, no á parecer mas hermosas, sino mas ricas á los ojos de los que las miran.

Y esto que decimos es de una evidencia palmaria. ¿Cómo han de figurarse, por ejemplo, que aumenta su hermosura un vestido que arrastra? Bien saben que léjos de aumentarla, la disminuye ó la oculta; pero dan por bien empleado este sacrificio á trueque de establecer, á favor de esa moda ridícula, la necesidad de pisar alfombras y de salir en coche en cuanto caen cuatro gotas de lluvia y hay un poco de barro; necesidad económica en cierto modo, pues en efecto lo que se ahorra yendo á pié no equivale á lo que se gasta y destruye estropeando un traje de los que hoy se estilan para la calle, incapaz de resistir la menor mancha. Son cuentas claras; es preciso ir en coche por economía. Para que no tenga el diablo por donde dejarle, el lujo moderno se hace hasta hipócrita. Su principal dote sin embargo, es la de envidioso. Porque las señoras de alto copete, nacidas y criadas en la opulencia, adoptan un modo de vestir adecuado á sus grandes recursos y á su género de vida, es preciso de toda precision que las que no tienen aquellos recursos ni pueden hacer la misma vida, adopten el mismísimo modo de vestir: no hay remedio. Así lo exige la moda, esa veleidosa tirana del sexo hermoso. Y por consiguiente la mujer del infeliz zurupeto que

gana á duras penas mil pesos al año ha de ponerse el mismo sombrero de gasa y cintajos (precio 80 frs.) que usa la opulenta banquera para no cubrirse la cabeza, y tener que tirarlo al basurero, en cuanto le dé un poco el aire... ó la intemperie. ¿Qué mas? hasta la linda tendera que pasa el día vendiendo varas de *moiré antique*, (cuando no son hombres barbados los que las miden— ¡qué vergüenza!), y aun la doncella de labor condenada por el hado adverso á vivir cosiendo para otras, han de usar precisamente las mismas mangas absurdas que han puesto hoy en moda el lujo y la holgazanería juntos, y cuya esplicacion por escrito es imposible. Es preciso verlas para creer en ellas. Ni son mangas ni dejan de serlo; ni cubren el brazo ni lo dejan descubierto: como el contenido de las calderas puestas á la lumbre por las brujas de Macbeth son una *cosa sin nombre*. Otros dirán, y dirán bien igualmente, que son un *nombre sin cosa*. ¿Si querrán tambien hacernos creer las damas que con esas ridiculas mangas se aumenta su hermosura? Harto saben que su único mérito es ser caras y exigir una renovacion incensante.

Pero aun nos queda que recordar lo mejor, y es esa magnífica redondez que han logrado darse las damas de la cintura para abajo, convirtiendo esa parte de su cuerpo en una campana de catedral, en un globo aerostático, en una pollera, — ó en cualquier cosa que no sea la graciosa y delicada forma de un cuerpo mujeril. Ventajas de esa moda de vestidos son:—1.^a desfigurar completamente á la persona que los lleva, igualando á la vieja con la joven, á la flaca con la gorda, á la bien con la mal-hecha;—2.^a ser extraordinariamente incómoda para la persona que los usa y para todas las que la rodean;—3.^a consumir un incalculable número de varas de tela;—4.^a impossibilitar el paso por toda puerta que no tenga dos varas de anchura;—5.^a exigir un coche entero para cada una de las damas que así se visten para un baile (el marido ó el padre ó el hermano pueden subirse á la trasera, ó bien al pescante, ó irse á pié, como gusten);—6.^a.... pero á qué cansarnos? sería el cuento de nunca acabar ir enumerando todas las *ventajas* de tamaño dilate.

Suponen algunos maldicientes que las feas y las contrahechas son las *autoras* de esa moda de los falles monstruosamente abultados, lo mismo que de la de los vestidos que arrastran, y en suma, de todas las que tienen por objeto aparente ocultar las deformidades naturales, ó disimular los estragos que suele hacer el tiempo, ya en la cabeza, despojándola de su natural corona de oro ó de azabache (el pelo, para decirlo sin perifrasis), de donde proceden las gorras, los moños empingorotados, los plumajes y demás *coiffures* estrepitosas,—ya en otras partes del cuerpo menos espuestas á las miradas indiscretas; pero esto no debe ser verdad cuando vemos á las jóvenes y á las hermosas apelar á iguales artificios del locado con el mismo entusiasmo que sus madres

y sus abuelas. Creemos mas bien que lo que las impulsa á todas es el amor del lujo, la vanidad.

Hasta aquí no hemos examinado mas que algunos accidentes grotescos del lujo personal de las mujeres; hasta aquí la cosa no pasa de ser meramente ridícula; lo sério, lo grave está en sus consecuencias inmediatas. En primer lugar, como todo en este mundo tiende á equilibrarse, y cada antecedente trae por necesidad su consecuente, cada gasto supérfluo en el vestido, por ejemplo, trae consigo la inevitable secuela de otros cien, enlazados unos con otros invenciblemente: la suma de estos gastos representa al cabo de un año ó de diez la ruina ó el deshonor de las familias. Poco á poco se va contrayendo el hábito de gastar mas de lo que se tiene. Empeñado ya el amor propio en sostener una posición superior á los recursos con que lícitamente se cuenta, hay que apelar á medidas estraordinarias: de aquí en unos, esa fiebre de lucro inmediato que aboga todos los buenos sentimientos y todas las nobles inspiraciones; de aquí en otros, mas osados y mas impacientes todavía, esas grandes *maldades*, pues no merecen otro nombre, que con tanta frecuencia vienen á escandalizar á la sociedad, y que en el language corriente se llaman apostasias políticas, —disturbios matrimoniales, —quiebras mas ó menos fraudulentas etc. etc. etc. Unos venden su conciencia, —otros trafican con su honra, —aquellos roban, no á mano armada, lo cual sería menos villano aun, sino con abuso de confianza, la hacienda pública ó la privada. En todos estos desórdenes bien puede asegurarse que la pasión del lujo entra como causa determinante de cada cien casos en los noventa y tres.

Pero sin remontarnos tan alto, veamos otra consecuencia de esa plaga, y demos por terminado este enojoso asunto; en lo que vamos á decir, y lo creemos exactísimo, si las mujeres tienen la principal culpa, tambien son ellas las que principalmente la pagan. El resultado necesario del excesivo lujo que gastan las mujeres, es retraer á los hombres de casarse; el número de las jóvenes condenadas á lo que vulgarmente se llama vestir imágenes, es hoy excesivo, en la clase media, y *lo será cada dia mas*. No hay remedio; es de todo punto imposible que un hombre que no sea muy rico ó esté ciego de amor (cosas ambas rarisimas) se decida á cargar con las obligaciones del matrimonio, tal cual las ha forjado fatalmente la sociedad moderna. Dicen las mujeres que los hombres del dia se han vuelto muy interesados, y que al informarse de una soltera núbil nunca preguntan: —Es virtuosa? es linda? tiene talento? sino. —Es rica? pero digase de buena fé; ¿pueden hacer otra cosa? ¿son tan contadas las mujeres que tienen virtud y talento bastantes para contentarse con la hermosura que Dios les dió, sin aspirar locamente á realzarla, ó por mejor decir, á perderla con los alifios de un lujo irracional!...

Las damas tendrán la bondad de perdonarnos si las ofende lo que hemos dicho; tengan por cierto

que el mas sincero interés por su bien ha guiado nuestra pluma. Conociendo la poderosísima cuanto legitima influencia que ejercen sobre la sociedad, á la que moral y materialmente dan vida, á ellas ante todo nos hemos dirigido. Bien se nos alcanza que tambien los hombres se dejan llevar de una vanidad pueril hasta el extremo de convertirse en maricas, empleando en el atavio de sus barbudas y poco graciosas personas tanto lujo como ellas mismas: los hay que creen estar muy bonitos cuando se han plantificado una botonadura de perlas ó echádose al bolsillo, no para sonarse, porque no es posible, sino para lucirlo pasándosele á tiempo por la frente, un pañuelo bordado como por manos de las hadas: pero á lo menos estos estravíos tienen un objeto loable, —el de agradar á las mujeres. Igual fin se proponen todas las locuras de nuestro sexo. ¿No será justo que, en debida compensacion procurasen lo mismo las mujeres? Pues á fé que el medio seguro de conseguirlo sería renunciar á un lujo que evidentemente las afea, ser modestas y muy sencillas en su porte, y fiar sus triunfos, no en la habilidad de un peluquero ó de una modista, sino en el irresistible encanto de sus propias perfecciones. Tal vez sería este un gran paso dado para que la sociedad empezase á entrar en caja, recobrando el juicio que parece haber perdido; á lo menos no es dudoso que con solo eso, el lujo de las personas, cimiento y raiz del lujo en las cosas, llegaría al punto en que la razon y el interés público aconsejan que esté encerrado. Haya lujo en buen hora, pero que no sea *tonto*, como el que hoy se usa. Lo que las mujeres decidan se hará; los hombres bailan siempre al son que *ellas* les tocan. Los hombres dan la ley á la sociedad, pero las mujeres se la dan á los hombres.

EUGENIO DE OCHOA.

EL DELIRIO DEL MORIBUNDO.

La funeral campana
su voz dá al aire,
sus ecos lastimeros
al alma parten,
porque esos sonos
tristes al mundo dicen
que muere un hombre.

Masa inerte en el lecho
vedle postrado,
vidriosa la pupila
cárdeno el labio:
verto, aterido
por huracan parece
tronchado lirio.

Vuelve triste, llorosa
sobre su frente

la sombra de la vida
que aun le sostiene,
la muerte acecha
oculta entre las sombras
torva su presa.

Nada turba el silencio
de aquella estancia,
tan solo el son se escucha
de la campana,
cántico rudo
que al estertor se mezcla
del moribundo.

Las consumidas luces
cual nuestra vida
del viento al soplo leve
tiemblan, vacilan,
y entre sus rezos
repite el sacerdote
«morir tenemos.»

Brilla presto en sus ojos
de luz un rayo,
sonrisa de placeres
vaga en sus labios.
¿Por qué resbala
sobre su frente mística
plácida calma!...

¿La dicha que soñamos
se halla en la muerte?...
¿Se hallan allí los goces
que el mundo miente?...
No: no, es que tornan
los instantes pasados
á su memoria.

Delira el moribundo:
unos tras otros
los ve agitarse alegres
girando en torno.
Es la postrera
dulce ilusión mentida
que á su alma queda.

Vé un campo de verdura,
nítidas flores,
aves que trinan, fuentes
que mansas corren,
gozoso niño
al murmurar del agua
rie tranquilo.

La brisa juguetea
con sus cabellos,
y en su nevada frente
fugaz dá un beso;
mira las rosas
y en su inocencia quiere
cogerlas todas.

Ya corre entre la nieve,
ya de su madre
vuelve al tierno regazo

porque le halague,
y así en sus juegos
no oye del sacerdote
«morir tenemos».

Jóven no ya en el campo
busca la dicha,
soñará otra mas bella
si mas mentida:
que en su locura
el hombre al despreciarla
ciego la busca.

Con alas de oro y nácar
fingió visiones
y cual ligera ondina
virgen de amores,
voluptuosos
por cárcel dió á sus perlas
claveles rojos.

Fúlgido su cabello
cual oro brilla,
un cielo de zafiro
son sus pupilas.
Su dulce acento
parece el murmurante
del arroyuelo.

Dóblase cual palmera
su erguido talle,
el breve pie, ligero
como el del ave,
sobre la yerba
al ausentarse leve
no imprime huellas.

La abrasadora llama
del amor siente,
incauta mariposa
va, torna, vuelve,
y á su desvelo
contesta el sacerdote
«morir tenemos».

Verdes ayer los campos,
hoy mustios, secos,
imágen son del hombre
de sus ensueños:
vense marchitos
y tornan luego á alzarse
cual frescos lirios.

Un instante se embriaga
con sus amores;
sucédense las horas,
huyen veloces,
ciego en sus brazos
no ve cuan cerca se halla
del desengaño.

Sueña con los placeres,
corre á la orgia,
y al chocar de los vasos
canta su dicha.



Mas ambiciona
y el porvenir le ofrece
brillante gloria.

Cual ola que hasta el cielo
su frente eleva,
cual huracan bravio
todo atropella:
como el caballo
en su delirio loco
va desbocado.

¡Siempre es corta la dicha
que el hombre alcanza!...
¡Siempre su amor es sueño...
¡cierta desgracia!...
Cuando despierta
halla en su pecho nieve,
fuego en sus venas.

Despertó y azorado
tendió la vista,
no halló campos de flores
ni vió ya ondinas.
Desparecieron
y escucha al sacerdote,
«morir tenemos.»

Perdon ¡oh Dios! esclama el moribundo,
si te pude ofender; perdon Dios mio,
si á punto de morir esas visiones
me persiguen con loco desvario:
Yo un tiempo las probé... ¡Son tan hermosas!...
Vilas alzarse cual fragantes rosas
en torno de mi frente; su belleza
mi razon trastornó, y aun tierno niño
dilas del corazon todo el cariño.
Yo en ellas adoré de tu grandeza
un destello sublime... si sus galas
recordé con placer un solo instante
fué un postrimer adios... lleven sus alas
hasta tí mi oracion; todo lo olvido,
solo y arrepentido
mirame aquí á tus pies... piedad implora,
piedad un alma que sus culpas llora.
Dios eres de bondad; tremendo un día
ha de llegar en que á tu voz potente
el mundo temblará... ¡Guay de la impía
torpe, falaz, envilecida gente!...
Nada mi razon turba, y mi memoria
tranquila está tambien... En tí confio...
haz que mi alma ¡oh Dios!... ¡oh Señor mio!...
vaya á gozar tu promeida gloria.

Su amarillenta cara
lágrimas surcan,
son las últimas flores
que el cierzo trunca.
Tiembla un momento...
¡Rogad á Dios, hermanos,
un hombre ha muerto!...

EUGENIO MARTINEZ CUENDE.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES,

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

NOVELA ORIGINAL.

Contra Soberbia Humildad.

VI.

LA HORA DE DIOS.

«Hé aquí la esclava del Señor.
Hágase en mí segun tu palabra.»

(Angelus.)

Inés encontró abierta de par en par la puerta de su casa, cosa que á la verdad no la sorprendió, porque nada mas regular que aguardarla con la puerta abierta, aunque se hubiese detenido algo en el camino.

Habia sin embargo un silencio que la inquietaba, y se detuvo en el portal reflexionando en la causa de su pena, que bien mirado, era muy natural, teniendo que dar á su padre una noticia tan desagradable.

Pasados algunos instantes, le pareció notar en medio de aquel silencio, un gemido sofocado, y se lanzó con precipitacion á la salita que ocupaba su anciana madre paralítica.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos la heló de espanto.

En un rincon de la sala, percibiase á la escasa luz de una lamparilla, el padre de Inés, que cubierto el rostro con ambas manos, parecia entregado á la mayor desesperacion, en tanto que la anciana, medio incorporada en el lecho, cruzaba las manos levantando los ojos al cielo como para pedirle ayuda. La fiel criada, anciana tambien, lloraba con desconsuelo al pié de la cama de la enferma.

—Gran Dios! exclamó Inés, luego que logró reponerse de su sorpresa, ¿qué ha sucedido aqui? hablad, padre mio, hablad por Dios.

El anciano por toda respuesta se arrojó en sus brazos y quiso hablar, pero no pudo pronunciar una palabra.

—Hablad, hablad, madre mia! repitió Inés asustada, olvidándose de la imposibilidad de recibir respuesta.

La anciana que conservaba el oido, hizo un esfuerzo supremo para responder, y prorumpió en el triste llanto de la impotencia.

—Pobre madre! murmuró Inés, pero al fin, decidme, por Dios, qué es lo que teneis... yo me abogo.

—Es, respondió su padre con voz entrecortada, que muy pronto, tal vez mañana, tendremos que mendigar el sustento para no morir de hambre.

—Nosotros! de hambre nosotros! exclamó Inés con un acento imposible de describirse con la pluma.

—Sí, hija mia, de hambre.... nosotros, tan bien acomodados.... Es un secreto que habia querido ocultaros.... pero al fin tu pobre madre lo ha sabido de una manera terrible.... Oh! ha estado á punto de morir de susto.

—¿Pero por qué? yo no podré nunca creeros culpable.

—Si, hija mia, soy culpable para con vosotros, porque la generosidad es tambien una culpa, cuando comprometemos con ella los intereses de nuestra esposa y de nuestros hijos. Oyeme Inés, y quiera Dios cerrar mis ojos para siempre, antes de que yo te vea verter una lágrima por la mediana fortuna que hoy, aunque con pesar, te arranco de las manos. Sí.... porque ya eres pobre, hija mia.

Inés por toda respuesta se inclinó sobre la áspera mano de su padre y la besó con respeto.

—No me será posible hacerte ahora una relacion exacta de todo lo sucedido, porque me siento desfallecer; pero bástete saber, que confiado en la probidad de uno de mis amigos, persona bien acomodada y de una honradez reconocida, ofreci todos mis bienes como garantía del empleo con que se le acababa de agraciarse, y ese amigo, ese hombre respetado hasta ahora por su moralidad, se ha fugado, llevándose los fondos que se le habian confiado, quedando yo como única persona responsable. En vano fué que la justicia emplease todos los medios imaginables para descubrir su paradero, en vano que yo tratase de prorogar la catástrofe que me amenazaba. El término espiró, y apenas habias tú salido de casa esta mañana, cuando entraron en ella los ejecutores de la ley, que confiscaron todos nuestros bienes y sellaron nuestras arcas, emplazándome á comparecer mañana ante el tribunal.... Ay! qué será de mí! ¡qué será de ti, hija mia, y de tu pobre madre!

—Pero todavía tenemos un medio. Animáos, padre mio, que Dios nos salvará.

—Un medio.... no lo encuentro.

—Oh! un medio seguro, respondió Inés con alegría.... venderémos la casa y nos iremos á vivir con mi madrina.

—Ah! exclamó el anciano con el acento de la desesperacion, déjame morir rodeado de las sombras de mis mayores que están fijas aquí.... en estas paredes.

—¿Entonces estamos perdidos! respondió Inés cruzando las manos y dejando caer los brazos con tristeza.

—Sí.... perdidos; porque ¿para qué nos servirá ese dinero que tú has cobrado hoy? ¡es tanto lo que hay que pagar!

Inés, que se habia completamente olvidado de aquella desgracia, empezó á temblar, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer sobre las baldosas. ¿Cómo arrancar á su padre hasta la esperanza de la única cantidad que le restaba. De-

voró su secreto, reprimió su turbacion cuanto le fué posible, y se sentó á los piés de la cama de su madre deshaciéndose en cálculos y proyectos á cual mas descabellados. Al fin, dió un grito de alegría, y corrió á precipitarse en los brazos de su padre como el ciego que vé la luz.

—Padre! padre! exclamaba con alegría... nos salvarémos.... nos salvarémos...

—Salvámos! salvámos! repetía el viejo atónito; y cómo?

—Sí, nos salvarémos.... Dios me inspira un medio, y me allana el camino.... Mi generosa madrina acaba de hacerme ofertas, que yo desprecié, porque os creía ricos, pero que aceptaré gustosa antes que veros pobres. No os alarmeis, padre mio, que no saldreis de esta casa que tanto amais, pero yo iré á mi madrina y le diré: «Dadme quince onzas para libertar á Francisco del servicio, y me haceis feliz.» Inés se ruborizó al reflexionar que era ella la que iba á procurar aquella union, pero el abatimiento de su padre le hizo recobrar su entusiasmo y su energía.

—Sí, añadió despues de acariciar con sus manos la plateada cabellera del anciano: Francisco vendrá, y... despues ya no tendreis mas que bendecirnos.... nada os faltará; nosotros consagraremos la vida al placer de veros felices.

—Oh! hija mia! tú nos vuelves la vida y la esperanza.... Si, no te ruborices, Inés, por lo que vas á hacer. Tú no buscas al amante, buscas al esposo, al que salvará á tus padres de la desesperacion y la miseria.

En aquel momento entraron por la puerta los padres y hermanos de Francisco gritando con alegría: Inés! Inés! una carta de él, de él.

—¿Dónde está, dónde está? respondió Inés sobrecogida.

En medio de su angustia, y precipitándose hácia ellos con el corazon palpitante de placer.... sus lágrimas habian desaparecido.

El anciano alzaba los ojos al cielo dándole gracias por haberles enviado aquella carta del que iba á ser su salvador.

El padre de Francisco sacó de su bolsillo la carta, sucia y bastante arrugada ya, que puso en manos de Inés: en aquella reunion era ella la única que sabia leer.

Al percibir en sus dedos el suave contacto del papel satinado, sintió Inés una sensacion de terror inesplicable, y pasando los ojos por el sobre, empezó á desfallecer, quedándose fria y pálida como una muerta.

—Eh! muchacha, qué es eso? gritó el futuro suegro. Te pones mala? qué será cuando leas lo de adentro?

—Es... que... respondió Inés temblando... me siento así... tengo frio!... y temblaba como una terciaria.

—Pero ¿qué hay en ese sobre que parece que te ha pasmado?

—Al padre de Francisco Sotillo, leyó Inés con voz entrecortada.

—Bueno! bueno! lee, lee!

—Ah! murmuró la pobre muchacha... él sabia muy bien como se llamaba su padre.

—Adelante, ¿qué dice? qué dice?

Todos aquellos rostros revelaban esperanza; el de Inés estaba desfigurado como el de un cadáver. Todos estaban pendientes de sus labios, y ella cada vez mas trémula, no acertaba á arrancar el sello.

Al fin movida por la impaciencia que oscurecía el rostro del padre de Francisco, hizo saltar el sobre, y recorrió asustada los cortos renglones que contenía la carta, dejándose caer en brazos de su padre, gritando con frenesí:

—Muerto! muerto!

—Muerto! exclamaron á una voz todos los circunstantes.

Era una carta de un camarada de Francisco que participaba al padre la fatal desgracia ocurrida á su hijo en una escaramuza con los franceses.

El padre y hermanos de Francisco salieron de la casa á grito herido, llevándose tras si todos los ociosos del lugar.

La parálitica oraba con fervor, pidiendo á Dios tuviese piedad de su hija.

En cuanto el padre, anonadado con tantos golpes, estaba hundido en su rincon, llorando con ese llanto silencioso y amargo que cae gota á gota sobre el corazón.

Cuando Inés se vió sola con sus padres, abrió los ojos mirando á todas partes con espanto, y murmurando con una voz que revelaba la fiebre: *Fortuna! amistad! amor! todo! Sola, sola!*

Alzó entonces los ojos al cielo con la espresion del dolor mas amargo, y exclamó dejándose caer de rodillas en las baldosas.

«Hé aquí la sierva del Señor, hágase de mí segun tu palabra.

SEGUNDA PARTE.

I.

RESIGNACION.

El que no sabe llevar su cruz no es digno de mí.

S. Luc.

La fiebre ardiente que se apoderara de la infeliz Inés en el momento de ver desvanecida la mas bella de sus esperanzas, vino á dar el último golpe á la quebrantada salud de aquel buen anciano, mimado y acariciado siempre por el angel que Dios habia puesto á su lado, para hacerle grata la vida aun en los tristes y acibarados dias que trae siempre consigo la vejez.

Pálido, desencajado, casi estúpido, pasaba los dias y las noches velando al pié del lecho de su hija, besando la mano que la enferma agitaba con frenesí, como si hiciese señas á alguno para que

se acercase, recogiendo con cariño aquellos cabellos rubios erizados por la exaltacion de la fiebre y llorando amargamente cuando la fuerza del delirio hacia prorumpir á Inés en esas horribles carcajadas, que hacen estremecer de espanto al padre y al médico, en tanto que son para los necios y los egoistas un objeto de bárbaro y sabroso pasatiempo.

En tanto, la justicia humana que nada respecta, habia llevado á cabo el secuestro con la mayor rapidez, y anonadado el anciano bajo el peso de su acerbo dolor, consintió en todo con tal que le permitiesen velar por su hija, sin pensar siquiera en lo que seria de él cuando Inés recobrase la salud, sin asustarse ya ante la dolorosa idea de tener que abandonar su casa antes de tres meses, porque tres meses era un plazo demasiado largo para quien veia desaparecer la vida por momentos.

En cuanto á la parálitica, ni siquiera se habia pensado en ella. Olvidada en su cama, resignada porque aquel olvido era motivado por el inminente peligro de su amada hija, estuvo á punto de morir de hambre, sin hacer el menor movimiento, sin dejar escapar un solo gemido.

Solo cuando el cirujano de la aldea le anunció que era muy posible que Inés se salvase, ya fuese efecto de los cuidados que se la prodigaban, ó ya por un nuevo rasgo de la misericordia divina que no habia querido abandonarlos en esta tierra de dolores, resonó en la sala un grito singular, que no podia traducirse en ningun idioma, pero que espresaba un júbilo indecible, tierno, santificado; el júbilo de una madre que recobra á su hija. Todos volvieron repentinamente la cabeza hácia el sitio de donde habia salido aquel grito.

—Pobre mujer! exclamó el anciano estendiendo los brazos en direccion de la cama donde estaba la parálitica hecha un ovillo, y sacando por fuera de la ropa sus manos cruzadas como para dar gracias al Eterno.

—Pobre mujer! repitió el cirujano enternecido acercándose á la cama, estará muerta de hambre! ni siquiera nos habiamos acordado de que existia:

Quereis tomar algun alimento? prosiguió enjugando una lágrima que aquella escena le habia hecho asomar á sus ojos. La parálitica hizo un gesto negativo con la cabeza, luego llevó la mano al corazón clavando los ojos en el lecho de su hija como para decirles que aquella dicha llenaba todas sus necesidades.

Sin embargo, la pobre madre se engañaba; su cuerpo fatigado por el hambre y la congoja estaba casi inanimado, y por mas que moralmente se creyese fuerte y satisfecha, la necesidad fisica la hizo desfallecer, cayendo repentinamente sobre las almohadas.

Hubo entonces un momento terrible para el anciano; fijos los ojos en su mujer que al parecer espiraba, sofocando hasta el ruido de su respiracion naturalmente fatigosa, no se atrevia á volver la vista hácia Inés que parecia recobrar la razon,

de miedo de producir en ella una reacción violenta que la llevase de nuevo á las puertas del sepulcro. Al fin, Dios tuvo piedad de aquel corazón desconsolado, y la anciana volvió á la vida antes que Inés hubiese recobrado la razón.

El primer día en que la hermosa jóven fijó en su padre una mirada dulce y tranquila, el primer día en que sus ojos fatigados buscaron con afán el retirado lecho de su madre para enviarle una sonrisa evangélica, los dos ancianos creyeron morir de gozo, y ambos estendieron á un tiempo las manos para bendecir á la hija de su corazón, único bien que les quedaba sobre la tierra.

Pero á medida que Inés favorecida por la naturaleza se robustecía con la rapidez con que se regenera la vida en la juventud, la existencia del anciano debilitada por la enfermedad, por el infortunio, y mas que todo por la idea de descubrir á su hija su horrible situación, se desplomó como un árbol minado por la raíz, y antes que Inés hubiese podido saber hasta donde llegaba su desgracia, antes que hubiese recobrado completamente las fuerzas de que tanto necesitaba, vió espirar á su padre, bendiciendo á Dios porque le concedía la gracia de morir en la casa en que había nacido, y legando á su hija por toda fortuna su bendición y una madre muda y parálitica.

Muchos días se pasaron antes que Inés pudiese comprender á fondo toda la extensión de su desgracia. Débil, sola en el mundo y sin saber cómo podría sostener á su madre, se halló en una de esas situaciones que de puro embarazosas llevan siempre consigo esa serena resignación que presta Dios al infortunio, cuando este se halla fortificado con los inefables consuelos de la religión.

Por eso despues de haber reflexionado en silencio durante muchas horas, se halló fuerte y tranquila, pidiendo á Dios como único bien, que le concediese la dicha de poder trabajar para hacer feliz á la pobre parálitica.

Parecióle entonces que una grotesca imágen del Crucificado que estaba colgada sobre la cabecera de su lecho, agitaba dulcemente los labios para decirle:

—«Toma tu cruz y sígueme.»

Inés se levantó llena de esperanza; pero cuando se encaminaba al lecho de su madre se detuvo acongojada por una duda terrible. ¿Podría ella ganar lo necesario para los dos?

—Al menos, murmuró como respondiendo: Trabajaré para ella... Dios hará lo demás.

Y acercándose resueltamente á la cama de su madre, le cogió ambas manos entre las suyas cubriéndolas de besos y exclamando con un acento lleno de ternura:

—Madre mia!

La parálitica la miró con una expresión parecida á la idolatría, y por medio de una contracción horrible logró enlazar sus brazos un momento al cuello de su hija. Pero aquel esfuerzo no cabía ya en su quebrantada organización, y la pobre anciana cayó de nuevo en su lecho desfallecida.

La emoción que acababa de experimentar gastó sus fuerzas físicas, y á los pocos momentos se durmió tranquila pensando en su hija.

Inés velaba su sueño.

Consagrada ya únicamente al cuidado de la pobre enferma, se encaminó de puntillas hácia un estante de pino, donde tenía colocados algunos libros de moral y religión, y tomó dos de ellos, volviendo á colocarse silenciosamente al pié del lecho de su madre.

Parecía que necesitaba fortificar su alma con las máximas de los libros santos, y sin embargo, como su idea permanente era la de pensar en trabajar para vivir, murmuraba á cada instante:

—Soy jóven y trabajaré... Dios hará lo demás.

Y abrió al azar uno de los libros.

El primer renglón que se ofreció á sus ojos decía:

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

—Gracias, Dios mio! murmuró Inés, apenas acudo á vos me enviáis la esperanza.

Abrió por otro lado y leyó:

«Caminemos por la tierra como el peregrino que camina á la Ciudad Santa. ¿Qué nos importan las espinas y abrojos que encontramos en nuestra senda? Caminemos, caminemos, á la Jerusalem eterna.»

Inés cerró el libro y volvió á pensar en su destino.

El demonio de la tentación empezó á desplegar á sus ojos las riquezas y los goces de Teresa, con sus hermosos trajes, con sus magníficos saraos y sus espléndidos diamantes que brillaban como estrellas.

Por la primera vez de su vida Inés levantó los ojos y miró con tristeza las desnudas paredes de su pobre casita y el humilde lecho en que descansaba su madre.

Parecía que su frente ardía, y para defenderse contra aquel pensamiento de fuego buscó un refugio en el libro santo, que abrió de nuevo al azar.

Y leyó:

«La figura de este mundo pasa.»

Y mas abajo:

«Ay de los que se entregan á los goces mundanales, que pasan como ellos!»

La campana de Argandenes tocaba el *Angelus*.

Inés se arrodilló, recordando la tarde en que había escuchado también aquel tañido fúnebre, tarde que había cortado en flor la mas bella de sus ilusiones, y empezó á recitar los versículos del Evangelio con la fé de un corazón puro, que cifra en Dios todas sus esperanzas y sus aspiraciones.

II.

EL LUTO DE UNA CORTESANA.

«Les morts durent peu, laissons-les sur la pierre,
Dans le tombeau ¡hélas! ils tombent en poussiere
Moins vite qu'en nos coeurs.»

V. Hugo,

TERESA Á INÉS.

«Inés! Inés! dónde estás? qué es lo que por mí pasa al encontrarme sola en el inmenso laberinto de la gran ciudad? Sabes tú lo que se siente al encontrarse una libre, dueña de su destino y lejos de la patria donde han corrido nuestros primeros años? Inés! la mayor de las desgracias acaba de caer sobre mi cabeza.... Mi hermano, mi amado hermano Carlos ha sido arrebatado por la muerte en el momento en que su destino estaba ya ligado al carro de la fortuna, cuando ya nada tenía que temer por su porvenir ni por el mio.

Jóven, rico, elevado á la dignidad de gran limosnero del Emperador, dueño de bienes que la liberalidad de su señor le habia asegurado, la muerte le hirió sin piedad, cuando mas feliz se encontraba, cuando su lozana juventud podia prometerse tantos años de vida.

Tú no sabes lo que pasó por mi cerebro al contemplar cerrados para siempre aquellos ojos, al ver desaparecer de entre mis brazos al que era para mí el padre, el hermano y el amigo.... Yo creo que mi razon se extravió, porque apenas puedo recordar las circunstancias de aquella terrible noche.

En mi desesperacion me asaltó la idea de atacar á mi vida, pero hallé en mi camino una mano generosa que me detuvo, era la del general.

Tomando parte en mi duelo, se me presentó de gran uniforme, llevando en el brazo una banda de gasa negra, y otra igual envolvía la guarnicion de su fuerte espada; sus ojos estaban húmedos, su voz conmovida.

—Sé lo que habeis perdido, me dijo con la mayor bondad, un padre, un hermano, y un amigo; todo eso era Carlos para vos.... Yo tambien he perdido un compañero de fortuna, un amigo querido con quien me unió desde el primer instante una tierna simpatia, y me creo con derecho á protegeros antes que otro alguno. Vos, jóven sencilla, ignorante de los ardidés que el mundo emplea para sitiar á los desgraciados, no podeis permanecer en esta casa, porque estais en la corte de Francia, donde tienen su asiento la hipocresia y la licencia. Venid, pues, yo procuraré ser para vos un protector y un amigo, como lo era vuestro hermano: si no lo consigo, creed, Teresa, no será por falta de voluntad.»

Aquellas palabras resonaron en mis oidos como los ecos de la música mas armoniosa; parecíame que el cielo condolido de mi soledad acababa de ofrecermé un protector, y en mi alegría levanté la

cabeza para besar la mano del general; pero este habia desaparecido.

Mis doncellas entraron á poco rato con un magnífico traje de seda negra, y un elegante sombrero del mismo color, adornado solo con un tupido velo de luto.... El coche me aguardaba ya, el equipage estaba empaquetado, y el cadáver de Carlos depositado en la iglesia de S. Sulpicio, donde el general habia dispuesto unos espléndidos funerales.

¿Qué tenía que hacer allí? El general sin duda para allanar todos los inconvenientes, habia dado sus órdenes para que me acompañase toda mi servidumbre, y partí acompañada de mis dos doncellas y de mi ama de gobierno, siguiéndome á pié los demás criados hasta el palacio del general, situado en la Plaza de la Concordia.

Por muy acostumbrada que estuviese al lujo y á la comodidad, habia en el palacio del general un órden, una exactitud, un no sé qué de aristocrático, que le hacia muy superior al nuestro, que hasta entonces me parecia una maravilla. Señalaronme para mi habitacion un hermoso gabinete oriental, y un salon forrado de raso azul celeste: las primeras horas estuve como aturdida, y no sabia donde me hallaba, pero luego que se fueron presentando mis doncellas y toda mi servidumbre, hube de creer que estaba en mi casa, porque no veia en derredor mio una sola persona que me fuese desconocida.

El general se me presentó á las tres, sumiso y respetuoso hasta hacerme ruborizar, porque al fin yo soy aquí la huésped, por mas que todos se empeñen en hacerme creer que soy el ama. Apenas pude balbucear algunas palabras de agradecimiento, ¡yo que hablaba con él familiarmente, siento ahora un embarazo inesplicable cuando estoy en su presencia!

Después de él entraron mis doncellas con dos canastillos de junco negro; en el uno estaban colocados tres vestidos de luto riguroso, y en el otro tres guarnecidos de cintas de gasa blanca.

Aquí teneis, dijo el general, todos los trajes que necesitais, porque aquí, querida mia, no estamos en Argandenes, donde el traje de luto no se deja hasta que se cae á pedazos: la corte solo viste tres dias de riguroso luto y tres de alivio... Creo que no querreis ser mas que el Emperador.

Sentí entonces correr por todo mi cuerpo un escalofrio inesplicable, una cosa parecida al remordimiento, y mis labios se abrieron para oponerse á un mandato que yo creia una ofensa, una profanacion, para los restos de mi pobre hermano depositados todavia en San Sulpicio, pero el general no estaba ya en el salon.

Como el funeral por el alma de mi hermano tuvo lugar aquella misma tarde, no pude verle hasta que ya entrada la noche se me presentó acompañado de su brillante oficialidad, que volvia de conducir los restos de mi querido Carlos hasta el cementerio del Padre La-Chaise.

Te confieso Inés, que por mucho que mi conciencia se resistiese á obedecer las órdenes que

acababa de darme, respecto al luto, no me atreví á decirle una palabra acerca de ellas. Además eso chocaría mucho en Argandenes, pero en París la moda es el Emperador y para vivir en el gran mundo se hace preciso acatar ciegamente sus decretos.

A los tres días el general regaló á mis doncellas los trajes de luto, obligándome cortesmente á vestirme los de alivio, y disponiendo que fuésemos en un coche cerrado á dar algunas vueltas por los Boulevares.

Al principio me parecía que por todas partes me seguía la sombra de mi hermano arrastrando su blanco sudario, pero al fin hube de tomar parte en la conversacion, y el general logró distraer mi ánimo ofreciéndome presentarme dentro de algunos días en casa de la princesa Medora.—Oh! indudablemente, Inés, que será una fiesta magnífica la de la princesa. Es la mujer de moda en París. En mi próxima carta te hablaré de este sarao, que no sé por qué deseo con toda mi alma.—Ah! se me olvidaba.... ¿No te fastidias todavía en esa madriguera?... Vamos ¡si me parece que estoy soñando! si, soñando, cuando nada te he dicho de tu primera carta, que recibí hace dos días, y que es una hermosa página para un catecismo... Pobre Inés! no creas que desprecio tus consejos, que son muy buenos para seguirlos en ese ignorado rincón del mundo... ¡Pero aquí... en París! vamos, sería una empresa un poco difícil, pero tú no puedes comprender esto, y así doblemos la hoja, te perdono, y escucha que te va en ello la vida. Creyendo que tu carta espresaría un vivo deseo de reunirme conmigo, la recibí con la mayor alegría, y me puse á leerla á media voz, ¡cuál sería mi sorpresa al ver tambalearse una de las puertas de tapicería y aparecer al general, que con la sonrisa en los labios me pidió tu carta, la leyó, y me la devolvió en seguida frunciendo las cejas.

—Vuestra amiga, me dijo con amarga ironía, hubiera hecho una excelente misionera... Esta carta puede muy bien tomarse por una *Epístola de San Pablo á los Corintios*.

El sonrojo hizo brotar en mis mejillas el color de fuego, porque tú sabes lo que te amo, lo que me punzaría la burla, y sin embargo, no pude atreverme á replicar al general.

Ah, Inés! ¿Por qué has salpicado tu carta de tan severas espresiones.

El momento que siguió á las palabras del general fué cruel para mí. Temblaba, temía no sé qué... Por la primera vez se me ocurrió la idea de verme en la calle sola, abandonada.... ¡Esto sería horrible!.... antes morir mil veces.

El general notó mi profundo disgusto, mi estrano desasosiego, y su alma generosa tuvo compasión de mí.... porque me ama.... ¿Te horrorizas, no es verdad! Amar á un francés!... Si, si, me ama.... y.... yo.... le.... amo, Inés!

—Teresa, me dijo estrechando mi mano entre las suyas; yo amo todo lo que tú amas, tú suspiras

por esa jóven paisana.... Pues bien, que venga, que deje sus homilias y sus creencias en Argandenes, y que sea para tí una hermana querida... París disipará muy pronto sus escrúpulos.

Yo estaba loca de alegría, bendecía su nombre, y estrechaba su mano con un entusiasmo indecible, porque acababa de concederme lo único que faltaba á mi felicidad.

Ven, Inés, ven.... el general te llama, el general que es ahora el señor, porque yo no tengo casa; oro, felicidad, todo lo tendrás aquí, pero como dice el general, deja tus homilias á tus ancianos padres, deja tus escrúpulos y tus creencias en Argandenes, y ven á los brazos de tu amiga que te aguarda con ansiedad.

—Teresa! repetía Inés con el mayor asombro leyendo y releendo la carta de su amiga. Teresa! te has perdido... no hay salvacion para tí si la mano de Dios no te arranca pronto de esa sima de corrupcion y desenfreno!

¡Que deje mis creencias en Argandenes! ¿Y es un labio de mujer el que pronuncia semejante blasfemia? ¿Y he recobrado la salud para ver perdida el alma compañera de la mía?... Felices, Señor, los que duermen en el sueño de la paz!

Inés se apoyó contra una mesita para no caer, y añadió con el mayor fervor, cruzando las manos ante el Cristo:

—Tened piedad, Señor, de aquella alma que Satanás persigue sin cesar... ¡Dadme fuerzas para arrancarla del borde del precipicio!

Inés se entregó entonces de lleno á la idea de atraer á Teresa al camino de la virtud, y aquel pensamiento bastó para regenerar su alma apasionada... La que un momento antes se creía débil para soportar las penas de la vida, ahora se hallaba ya fuerte para emprender aquella cruzada contra el demonio del orgullo, sin contar la pobre jóven con los insuperables obstáculos que debían oponer á su fé, la distancia, la riqueza y las debilidades de la frágil naturaleza humana, deslumbrada por las tentaciones de la soberbia.

Sencilla, inocente, con esa fé ciega que todo lo santifica, creyó firmemente que Dios la daría fuerzas para llevar á cabo su santa empresa, y se levantó llena de esperanza repitiendo con humildad:

«Oye, Señor, mi oracion, y llegue á tí mi clamor.»

III.

EL HERIDO.

«La compasion, sentimiento
Humano, sensible, puro;
Pero cimiento seguro
Para el templo del amor.»

P. J.

Firme Inés en su propósito de arrancar á Teresa de entre las doradas redes que le tendía la soberbia, se entregaba con alegría á un trabajo

asiduo, creyéndose feliz cuando al cabo del día se dejaba caer en su lecho estenuada de fatiga, porque cuanto mas rudas eran sus ocupaciones, tanto mas interés reportaban á la pobre parálitica.

Pero preciso es confesarlo, todos los esfuerzos de la pobre joven eran insuficientes para cubrir las necesidades de dos mujeres, y sin los auxilios de su generosa madrina, acaso el hambre hubiera invadido con su horrible y ancha boca la tranquila morada donde habia reinado hasta entonces un holgado bienestar.

Este pensamiento, unido al trabajo fuerte y continuado á que no estaba Inés acostumbrada, hicieron en su imaginacion una impresion penosa, que se reflejaba tristemente sobre su fisico.

Su blanco y trasparente cútis tenia una palidez azulada y enfermiza, que hacia temer por su salud; la menor espresion hacia brotar las lágrimas de sus ojos fatigados por la vigilia; y el dolor prestaba á su hermosura, naturalmente simpática, un no sé qué de tierno y melancólico, que inspiraba á la vez amor y compasion.

Procurando sacudir á cada instante la eterna pesadilla de sus negras cabilaciones, refugiábase en el pensamiento de Teresa como en un santuario, y aguardaba con afán la carta relativa á las fiestas de la princesa, para poder apreciar mejor las esperanzas y las aspiraciones de la cortesana.

Despues de haberse fatigado por los quebrados y pedregosos caminos de las cercanias de Argandenes, acercábase Inés á su casa á la caída de la tarde contemplando con admiracion los magnificos celajes de Occidente, y pidiendo al Dios de tantas maravillas consuelos para su pobre madre, y algunas horas de descanso para sus fatigados ojos.

La casa de Inés situada en el fondo de un pintoresco valle al lado del camino real, era la primera del pueblo, del que estaba separada por un estenso cercado de árboles frutales, en cuyas encrucijadas formara en mejores dias graciosos jardinillos, descuidados hoy y cubiertos de maleza por todas partes.

Acercábase lentamente y con los ojos fijos en el celaje, cuando llegó á sus oidos un rumor con-

fuso, como el de varias personas reunidas que hablan todas á la vez. Por mas que estuviese segura de que nada tenia por entonces que temer, pues que su madrina acababa de pagar por un año el alquiler de la quinta á su nuevo propietario, sintió Inés un sobresalto, que en vano hubiera querido esplicar, y aturdida al percibir mas de cerca el rumor de las voces, abalanzóse á grandes pasos hácia su casa, ansiando por llegar al lecho de su madre para asegurarse de que no habia llegado todavia la hora de su última desgracia.

Pero al llegar al dintel de la puerta sintió que sus piés se clavaban en el suelo, y que le faltaba el valor para proseguir. Era en efecto allí, donde muchas personas hablaban á la vez, donde caras estrañas pasaban de un lado á otro aceleradamente rasgando lienzos y pronunciando palabras que para ella eran incoherentes, y para que nada faltase, alzabase por sobre todas las figuras la cabeza pequeña é inteligente del cirujano, que vueltos los puños de la camisa, y tomando y dejando vendajes, parecia ser el protagonista de aquel imprevisto drama.

A la vista del cirujano, Inés no vaciló ya, y lanzándose de un salto dentro de la sala, abrióse paso hasta el grupo que estaba en medio de la habitacion, esforzándose en llegar hasta la enferma, que sin duda habria dado en su ausencia una terrible caída.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Solucion del geroglífico anterior.

La dama cuerda obra en un círculo dado y decoroso.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.

